

# NOTAS PARA UN ANALISIS COMPARATIVO DE LA CONSTITUCION DEL CAMPO DE LOS ECONOMISTAS EN ARGENTINA Y BRASIL<sup>1</sup>

Mariano Ben Plotkin (IDES/CONICET)

[mplotkin@ides.org.ar](mailto:mplotkin@ides.org.ar)

RESUMEN: Se analiza desde un punto de vista comparativo la constitución de campos de economistas nacionales en Brasil y Argentina entre principios del siglo XX y la década de 1950. Se investigan las dimensiones nacionales y transnacionales y se presta particular atención a las distintas tradiciones académicas e intelectuales y a la coyuntura crítica de la década de 1930.

PALABRAS CLAVE: Economistas- Argentina-Brasil

Al igual que en otros países latinoamericanos, en décadas recientes los economistas estatales<sup>i</sup> han venido ocupado un lugar cada vez más prominente en Argentina y Brasil. De ser reconocidos como técnicos han pasado a ser hacedores de política e incluso han ocupado el lugar de “intelectuales públicos” opinando, desde su saber particular y a veces por fuera de él, sobre cuestiones sociales más generales y en particular sobre situaciones vividas como críticas. Como señalan Verónica Montecinos y John Markoff los economistas se han constituidos en verdaderos “otorgadores de legitimidad” para discursos y prácticas políticas en la región.<sup>ii</sup> Se puede decir que en América Latina se ha generado una verdadera “cultura económica,” entendida ésta como la amplia difusión del uso de conceptos y discursos originados en la economía en situaciones que no están necesariamente vinculadas a su ámbito de origen, y que se sitúan por fuera del espacio de los especialistas. Este “éxito” de los economistas constituye un fenómeno particularmente interesante puesto que estamos hablando de una profesión que, al menos en la mayoría de los países latinoamericanos, ni siquiera estaba enteramente definida solo unas pocas décadas atrás y que, como veremos, se conformó como una alternativa poco prestigiosa frente a otras profesiones más consolidadas.

---

<sup>1</sup> Agradezco profundamente los comentarios de Eduardo Zimmermann, Ricardo González Leandri, Roy Hora, Flavia Fiorucci y los miembros del seminario de historia de la Universidad de San Andrés y del seminario sobre elites estatales del IDES

Sin embargo, como se ha notado recientemente, este avance de los economistas como productores de discursos y de acciones políticas validados por factores que en la mayoría de los casos no están vinculados directamente a su eficacia, no ha sido un proceso basado en la universalidad de los fundamentos del saber económico, como pretende una mirada surgida desde el propio universo de los economistas, sino el resultado de una serie de desarrollos históricos vinculados a tradiciones académicas e intelectuales nacionales, a los vínculos entre Estado y sociedad, y a la manera particular en que se constituyó en cada país el campo de los economistas profesionales.<sup>iii</sup> Es por eso que el estudio histórico y comparativo de los diferentes “estilos nacionales” en que se desarrollan los campos de la economía y de los economistas es particularmente apto para comprender (nuevamente en palabras de Markoff y Montecinos) “el irresistible ascenso de los economistas.”

El interés por el estudio de los economistas no se agota en lo vertiginoso de su ascenso. Por su ubicación en la convergencia entre las elites estatales, las profesiones modernas, las ciencias sociales, los intelectuales, el mercado, y la internacionalización del conocimiento; y por su activa participación en la formulación de políticas concretas que afectan a la población, los economistas constituyen un grupo “denso” para ser utilizados como una ventana a través de la cual explorar aspectos más generales del desarrollo del Estado moderno, sus elites y algunos aspectos de la evolución del campo intelectual.

Argentina y Brasil constituyen dos casos particularmente interesantes para este tipo de comparación. El campo de los economistas parece gozar en Brasil desde hace décadas, de un nivel de consolidación mucho mayor que en la Argentina. Hay al menos dos elementos esenciales que definen esta diferencia. En primer lugar, los economistas profesionales brasileños poseen instituciones de formación consolidadas con orientaciones diferenciadas, un sistema de postgrados bien desarrollado y han sido capaces de generar mecanismos de validación internos al propio campo de manera más consistente que sus pares argentinos.<sup>iv</sup> En segundo lugar, el campo de la economía en Brasil ha permanecido menos polarizado ideológicamente que el argentino. No solamente los economistas brasileños parecen compartir una *Weltanschauung* profesional más firmemente asentado que sus pares argentinos, sino que han establecidos cadenas de

filiación/legitimidad menos excluyentes. En otras palabras, pareciera ser menos costoso política y profesionalmente para un economista brasileño reconocer como autoridad legítima y legitimante a otro economista de ideas contrarias a las suyas que para uno argentino; es decir, los primeros han construido una genealogía profesional más autónoma respecto de los avatares de la política que los segundos. Esto ha permitido en el caso brasileño un nivel de continuidad no solo en los discursos sino también en la implementación de políticas que serían impensables en la Argentina. Mientras las oscilaciones en la política económica argentina han intrigado a más de un estudioso argentino o extranjero, es notable la continuidad que puede observarse a nivel general en las estrategias de desarrollo del Brasil desde los tiempos de Getulio Vargas, independientemente de la naturaleza de los gobiernos de turno.<sup>v</sup> Sin embargo, la economía como disciplina se institucionalizó más tempranamente en la Argentina que en Brasil. La primera facultad de ciencias económicas fue creada en el primer país treinta años antes que en el segundo, y desde la segunda década del siglo XX han existido en la Argentina una red relativamente densa de publicaciones especializadas, organizaciones profesionales y académicas, y congresos. Esto ha hecho posible al Estado argentino incorporar economistas profesionales antes que al brasileño. Si una profesión se define como un conjunto de individuos que viven de y para una determinada actividad socialmente reconocida, entonces se puede decir que en Argentina esto ocurrió bastante más tempranamente que en Brasil. No parece ser, por lo tanto, el relativo adelanto en la institucionalización del campo lo que explica las características de su consolidación posterior, como pretenden algunas teorías dentro de la sociología de las profesiones y es, por lo tanto, en otros factores también históricos donde deben buscarse las diferencias.

Este trabajo explora desde una perspectiva comparativa las condiciones iniciales de la constitución del campo de los economistas en Argentina y Brasil, es decir, hasta finales de la década de 1940, buscando en estas condiciones históricas algunos factores que expliquen, al menos parcialmente, las diferencias relativas en la posición de los economistas existentes en ambos países y que permitan, al mismo tiempo, formular algunas hipótesis más generales sobre los vínculos entre universidad, Estado e intelectuales en ambas sociedades. Se prestará particular atención a dos factores: la

constitución de instituciones destinadas a la formación profesional de los economistas, y la inserción de los mismos en el Estado a partir del “momento crítico” de 1930.

### **Tradiciones Universitarias e intelectuales: La economía como saber y como profesión**

Argentina tiene una larga tradición universitaria que data de la época colonial. Además, fue en este país donde se originó el movimiento de la Reforma Universitaria que luego adquiriría dimensiones continentales. Brasil, como es sabido no tuvo un sistema consolidado de universidades hasta la década de 1930. Anteriormente, las elites brasileñas obtenían su educación superior en facultades o escuelas profesionales más o menos independientes. No sería hasta 1937 que desde la nueva Universidade do Brasil se intentaría (infructuosamente) unificar la enseñanza superior en un sistema nacional. Las universidades brasileñas fueron creadas en los años 30 como instrumentos para la generación de elites estatales, técnicas e intelectuales que permitieran al Estado promover su proyecto de modernización. Semejante objetivo sumado al de asegurar para su estado el papel de polo dinámico del desarrollo brasileño era compartido por la elite industrial paulista que apoyó decididamente el establecimiento de una universidad local luego de la frustrada revolución constitucionalista de 1932.<sup>vi</sup>

En parte como resultado de su creación tardía, y en parte debido a las condiciones mismas de su creación, las universidades brasileñas más importantes nacieron insertas en una red transnacional de circulación de científicos e intelectuales. Las misiones francesas e italianas en la USP y en Río de Janeiro, así como la fuerte presencia norteamericana en la Escuela Libre de Sociología e Ciencias Políticas de São Paulo, -institución independiente de la Universidad, creada también en la década de 1930 como resultado de la iniciativa de un grupo de industriales paulistas-, marcarían a las primeras generaciones de graduados.<sup>vii</sup> Desde el principio estas instituciones contaron con apoyo de fundaciones y gobiernos extranjeros.

Las universidades argentinas, en contrapartida, recibieron las influencias modernizadoras de países centrales cuando ya contaban con una tradición más larga y por lo tanto aquellas se hicieron sentir de manera menos profunda. Por otro lado, cuando esta influencia se hizo notar de manera clara durante la década del 60 fue en el marco de

una profunda politización de las instituciones académicas lo que generó intensos debates acerca de los vínculos entre las universidades locales y los centros internacionales de financiamiento. Además, las universidades argentinas han estado siempre más sujetas a los avatares políticos que las brasileñas al punto tal que para ciertos autores la historia política de la universidad (en particular de la de Buenos Aires) proporciona un marco cronológico ordenador para –y en algunos casos se confunde con- la historia intelectual argentina.<sup>viii</sup> Hasta el día de hoy las universidades oficiales de la Argentina no han podido constituir un sistema de post-grado semejante al que, desde fines de los años 60, se han establecido en las universidades brasileñas más importantes.

La formación universitaria de profesionales en ciencias económicas se dio en la Argentina muy tempranamente. Argentina ha sido el primer país de América Latina (y uno de los primeros del mundo) en tener una facultad autónoma de Ciencias Económicas (FCE en adelante), creada en 1913. Esta Facultad se creó como una extensión de la Escuela Superior de Comercio establecida en 1890. El nuevo instituto contaba desde el principio con un nivel de prestigio mucho menor que las otras facultades de la UBA ya que estaba muy fuertemente vinculada a la escuela comercial, mucho menos prestigiosa que los bachilleratos. Por ello, estaba destinada a un público con menos capital social que las tradicionales facultades de Derecho (sobre todo), Medicina e Ingeniería, lo cual era explícitamente reconocido por las autoridades de la nueva facultad.<sup>ix</sup> La FCE otorgaba dos títulos: el de contador público, una carrera cuyo ejercicio no estuvo reglamentado hasta décadas después; y el de doctor en ciencias económicas, título sin incumbencia profesional, más prestigioso que el anterior, aunque mucho menos que otros doctorados otorgados por la universidad.

Desde el principio había una clara indefinición del dominio de la enseñanza que debía impartirse: se suponía que la facultad debía formar personal superior para el comercio pero al mismo tiempo personal idóneo para la administración pública. Sin embargo por años los técnicos estatales seguirían siendo reclutados fundamentalmente de las facultades de Derecho y de Ingeniería. Lo que sí se enfatizaba, en cambio, era el carácter eminentemente práctico que se le otorgaba a la enseñanza de la Facultad. “En nuestra Facultad [a diferencia de otras] no se hace ciencia: se la aplica” decía el decano Eleodoro Lobos en 1919.<sup>x</sup> Los profesores y autoridades de la primera generación

provenían de las profesiones tradicionales (Derecho e Ingeniería) lo que le daba una fuerte orientación jurídica a la carrera que conspiraba contra la autonomización y especificidad de los estudios propiamente económicos.

La nueva FCE nació más como resultado de la presión de un grupo de profesores y alumnos de la Escuela Superior de Comercio (algunos de los primeros vinculados al poder político) que de una necesidad sentida desde las elites de poder o desde el Estado mismo. Como señalaba Vicente Fidel López, profesor de la Facultad y miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas en el acto de inauguración de los cursos de la Facultad en 1919:

La ciencia económica, cuyo estudio se ha perfeccionado tanto en otras partes, no ha llegado todavía a ilustrar a nuestra mayoría dirigente... El origen de este mal es fácil descubrirlo, somos un país todavía pastoril y estamos gobernados y dirigidos por los caballeros pastores, que han podido vivir ganando su fortuna sin necesidad de grandes preocupaciones<sup>xi</sup>.

Por otro lado, los egresados no participaban, al menos en un principio, en los debates públicos como se esperaba de ellos. “Nada se ha hecho, en efecto, en la Academia de Ciencias Económicas” decía en 1927 Manuel Gonnet, profesor de la Facultad y Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Y luego agregaba en tono de consuelo: “si hemos sido estériles hasta el presente –por no tener nada autorizado que decir-, al menos tenemos el atenuante de no haber agravado con vanas producciones los intrincados problemas económicos”<sup>xii</sup>. Además, tampoco parece haber habido gran interés (al menos en las primeras décadas) por parte de empresarios en financiar las actividades de la Facultad, a pesar de los esfuerzos de las autoridades.<sup>xiii</sup> Sin embargo, a pesar de sus condiciones de origen, la FCE se convirtió rápidamente en un elemento central en la conformación de un campo de economistas en Argentina por varios motivos.

La FCE tuvo desde el mismo comienzo de sus actividades, una publicación propia: la Revista de Ciencias Económicas. Creada por el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, a partir de la década de 1920 pasaría a ser el órgano conjunto de los tres claustros: Centro de Estudiantes (alumnos), Colegio de Graduados (graduados) y Facultad (docentes). La revista además publicaba rutinariamente resultados de las investigaciones llevadas a cabo en los distintos institutos de la facultad. Economistas que

luego tendrían enorme prestigio, tales como Raúl Prebisch y Ernesto Malaccorto, publicaron sus primeros artículos aún siendo estudiantes en esta revista. Se trataba de la primera revista especializada publicada en la Argentina a la cual luego se le sumaron otras, particularmente Revista de Economía Argentina, dirigida por otro profesor de la FCE y miembro de la Academia de Ciencias Económicas, el ingeniero Alejandro Bunge. A poco de crearse la FCE se creó también una Academia Nacional de Ciencias Económicas que pronto se autonomizó de la Facultad y que también producía su propia publicación : los Anales de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Aunque en un principio la naturaleza de los artículos publicados tanto en la Revista de Ciencias Económicas como en los Anales era más bien jurídica (lo que se explica por el hecho de que la mayoría de los profesores y académicos eran abogados) a medida que se incorporaban egresados de la Facultad, las publicaciones fueron adquiriendo un carácter más técnico.<sup>xiv</sup>

Desde temprano la Revista de Ciencias Económicas se convirtió en un espacio de debates entre algunos profesores de la facultad acerca de la naturaleza de la ciencia que les tocaba enseñar. Así surgieron discusiones acerca de si la facultad debía estar orientada hacia la consolidación de una profesión o una ciencia, y sobre si la economía era (o debía ser) una ciencia social o matemática. Mientras la mayoría de los profesores (abogados con poca o nula formación matemática) seguía a economistas franceses formados en un ambiente similar al de la FCE, Roque Luis Gondra, profesor de historia económica y de economía, también abogado pero con una fuerte formación en matemática, seguidor de las teorías de Walras, Pareto y Pantaleoni, de quien había traducido ya en 1917 su libro Principios de economía pura, opinaba que la economía era una “disciplina científica esencialmente abstracta, una matemática aplicada, y su objeto, la determinación cuidadosa de las uniformidades constantes de ciertos fenómenos y de las circunstancias en que se producen”<sup>xv</sup> Gondra dejaba claro en sus escritos que la economía que él proponía iba a contrapelo de los paradigmas aceptados desde fines del siglo XIX en las cátedras de economía política argentina que, según señalara Manuel Fernandez López, consistía en una combinación de la escuela cooperativista de Charles Gide, de la escuela histórica iniciada por List reformulada en la “nueva escuela histórica” de Schmoller, y del socialismo de cátedra de Adolf Wagner.<sup>xvi</sup>

Tanto la Revista de Economía Argentina como la Revista de Ciencias Económicas se convirtieron en espacios privilegiados para la difusión de discusiones más amplias que venían desarrollándose sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial. Así, por ejemplo, el número de octubre y noviembre de 1918 de la Revista de Economía Argentina estuvo dedicada a reproducir una serie de conferencias dadas en torno a un proyecto presentado por el P.E a efectos de introducir el impuesto a las rentas. Aunque todos los participantes en el debate (Francisco Oliver, Salvador Oría, Ernesto Hueyo, Guillermo Pintos y Alejandro Bunge entre otros), estaban de acuerdo en que la renta proveniente de aduanas no podía seguir constituyendo la principal fuente de ingresos para el Estado, discrepaban, sin embargo, sobre las posibilidades reales de implementar un impuesto a las rentas en la Argentina. Así, mientras Oliver desdeñaba la posibilidad del nuevo impuesto por dificultoso y complicado, Oría estaba en principio de acuerdo con su introducción aunque consideraba que, dada la idiosincracia argentina (rehacia por principio al pago de impuestos), este tipo de gravamen no sería de fácil aplicación. Por otro lado, Oría criticaba aspectos concretos del proyecto del PE, tales el establecimiento de un mínimo no imponible excesivamente bajo. Para fundamentar sus puntos de vista, Oría citaba investigaciones llevadas a cabo en la FCE. Hueyo, por su parte se mostraba de acuerdo con la institución del impuesto a las rentas, sobre todo por motivos de equidad social, ya que los impuestos indirectos eran injustos por su propia naturaleza, además de constituir una fuente inestable de ingresos ya que dependían de factores externos. Finalmente, Bunge también se mostraba de acuerdo con el nuevo impuesto, pero reconocía que hacían falta estudios más profundos para su correcta implementación. Aunque la prensa se venía ocupando ampliamente del tema, Bunge reservaba para los especialistas y a las publicaciones como la que dirigía las discusiones propiamente técnicas sobre el tema. El impuesto a las rentas “no es materia del periodismo diario, y éste no puede estudiarlo sino en forma más o menos popular y superficial.”<sup>xvii</sup>

Bunge estaba fuertemente influenciado por la Escuela Histórica Alemana, y se constituyó en un promotor de la protección industrial en la Argentina y del intervencionismo estatal. A lo largo de su larga vida (se publicó hasta finales de la década de 1940), la Revista de Economía Argentina fue no sólo un espacio de debates sino de producción de conocimiento estadístico –Bunge fue quien introdujo la utilización de

“index numbers” en la Argentina. Por otro lado Bunge tenía fácil acceso a la prensa local y muchos de sus artículos publicados en la revista habían aparecido previamente en diarios como La Nación con lo que la difusión se potenciaba.

Desde la Revista de Economía Argentina, la prensa y numerosos libros, el Ingeniero Alejandro Bunge y otros miembros de su grupo reclamaban del Estado la protección de las industrias no solo manufactureras sino también rurales a efectos de lograr la ansiada “independencia económica” que pasó a convertirse en una expresión cada vez más utilizada. Bunge, hijo de una familia de la elite local con vínculos en el comercio internacional, el Estado y el campo intelectual, y ubicado él mismo en la encrucijada de los negocios, la ciencia social y la función pública, contribuiría de manera decisiva a generar un campo de las ciencias sociales en la Argentina. Es a su alrededor que se conformaría un grupo de técnicos que luego tendrían influencia en la formulación de políticas estatales, sobre todo durante el primer período del gobierno de Perón.<sup>xviii</sup>

De manera similar, en la Revista de Ciencias Económicas se desarrollaron debates sobre el proteccionismo. Estos debates no eran novedosos y ya desde las últimas décadas del siglo XIX es posible detectar intensas corrientes en favor del proteccionismo. Lo que era nuevo era el contexto internacional en el que los nuevos debates se formulaban y por lo tanto algunos de los argumentos que se presentaban tanto en favor como en contra.<sup>xix</sup> En 1918 la revista, a través de una editorial firmada por sus directores se pronuncia (citando a Henry George) en contra del proteccionismo ya que el mismo perjudicaría a los sectores de menores ingresos.<sup>xx</sup> Sin embargo, Mauricio Greffier, profesor de la FCE y redactor de la revista, influido sin duda por la teoría de la “infant industry” proponía aprovechar el proteccionismo de hecho impuesto por la guerra (y prolongarlo por medio de medidas de gobierno una vez que la guerra hubiera concluido) para fomentar la industria nacional. Las medidas de protección solo debían aplicarse hasta que las industrias así creadas adquirieran un grado de desarrollo adecuado. Solo las industrias que utilizaran materias primas nacionales y vinculadas al mercado interno deberían ser beneficiadas con medidas de protección y por un tiempo muy limitado.<sup>xxi</sup> Emilio Lahitte, por su parte, basaba su argumento pro-industrial, tendiente al establecimiento de un “proteccionismo racional”<sup>xxii</sup> en lo que podría leerse como un adelanto de la teoría del deterioro de los términos de intercambio aplicada a la circunstancia producida después de

la guerra. Puesto que cada vez había que exportar mayor cantidad de productos agropecuarios para conseguir la misma cantidad de productos manufacturados, la protección a la industria local “que antes solo hubiera provocado inconvenientes” debía mirarse con otros ojos. Y eran precisamente los egresados de la FCE lo que podrían llevar a cabo los estudios necesarios para la formulación de las políticas proteccionistas que en todo caso debían ser formuladas cuidadosamente.<sup>xxiii</sup>

Muchos de los profesores de la FCE lo eran también de la de Derecho, y algunos tenían una inserción en el Estado como ex-ministros, funcionarios y legisladores. Esto fue generando una gradual integración entre la FCE y el Estado al que poco a poco fue proveyendo de técnicos, particularmente en áreas tales como la Dirección de Ferrocarriles del Estado, donde los contadores gradualmente reemplazaron a abogados e ingenieros en los puestos gerenciales hacia los años 20; y en la Dirección Nacional de Trabajo, especialmente en el área de estadísticas en la que los graduados en ciencias económicas, poseedores de un saber técnico cada vez más específico, fueron reemplazando a los ingenieros.<sup>xxiv</sup> Al mismo tiempo comenzaba a darse una distinción informal (puesto que el título de economista aun no existía) entre “contadores” (técnicos) y “economistas” (científicos). Ya desde los años 20 algunos estudiantes y profesores, Raúl Prebisch entre ellos, habían propuesto la separación de ambas carreras cosa que solo ocurriría hacia fines de la década de 1950 en un contexto ideológico signado por el desarrollismo. Sin embargo, a partir de la década de 1930 los graduados y profesores de la FCE pasaban lentamente a conformar una elite técnica reconocida, aunque este proceso se completaría bastante más adelante. Sin embargo, la participación de la Facultad como corporación en el debate público seguía siendo deficiente a juicio de sus propias autoridades, a punto tal que en 1933, en pleno debate acerca del establecimiento del Banco Central, el decano de la Facultad, expresaba que “La Facultad de Ciencias Económicas no puede permanecer en silencio ante la magnitud de los problemas que en la actualidad afectan el desarrollo económico del país”. Por ese motivo emitió una resolución exigiendo a los profesores de distintas materias que comenzaran sus cursos discutiendo problemas de actualidad nacional y que la materia Finanzas se dedicara ese año a la discusión del problema de la creación del Banco Central.

Sin embargo, gradualmente, y particularmente en situaciones percibidas como críticas, los saberes generados dentro de la Facultad fueron adquiriendo legitimidad social. En 1922, por ejemplo, se produjo una importante crisis en el comercio de carnes que originó agitados debates sobre el papel que en el origen de ésta tenía un pool formado por frigoríficos extranjeros en detrimento de los criadores de ganado locales. Ante esta situación, la poderosa Sociedad Rural Argentina decidió crear una Oficina de Estadísticas a efectos de llevar a cabo un estudio científico sobre los precios de la carne en Argentina y en Inglaterra y justificar así sus reclamos de una mayor intervención estatal para la protección de los ganaderos. La nueva oficina fue confiada a un joven graduado de la FCE: Raúl Prebisch<sup>xxv</sup>. En 1923 la Sociedad Rural Argentina no dudaría en apelar a las investigaciones de los seminarios de la FCE para refutar los argumentos de los industriales del frío<sup>xxvi</sup>.

Se podría decir, por lo tanto que cuando la coyuntura generada por la crisis del 30 hizo necesaria en la Argentina la presencia de un cuerpo de técnicos estatales capaces de diseñar y manejar las nuevas herramientas institucionales de política económica, ya existía un pool de expertos capacitados y formados en un medio académico aunque no muy prestigioso, es decir, fuera del Estado esperando ser llamados para ocupar las posiciones que creían que les pertenecía.

Bien diferente fue la situación del Brasil. Allí la constitución de un campo académico de la economía se produjo posteriormente y en parte como consecuencia del proceso de modernización del Estado llevado a cabo por el gobierno de Vargas a partir de 1930. Sin embargo, hasta la década de 1960 el grueso de la producción de pensamiento económico no se llevó a cabo en ámbitos estrictamente universitarios sino más bien en espacios corporativos (particularmente dentro de las asociaciones industriales) por un lado, y dentro mismo del Estado por el otro. A pesar de esto, cuando los vínculos Estado-instituciones académicas finalmente se establecieron hacia fines de los años 50 y sobre todo en la década siguiente, éstos serían mucho más estrechos que en la Argentina.<sup>xxvii</sup>

La creación de instituciones específicas de formación de economistas ocurrió en Brasil en un momento, la segunda post-guerra, en el que la ciencia económica estaba fuertemente internacionalizada y los pioneros de las mismas, a pesar de tratarse de

autodidactas, ya formaban parte de una red transnacional de expertos reconocidos como economistas. Eugenio Gudín y Otavio Guvêa de Bulhões (este último con una formación más sistemática obtenida en los EEUU), se inspiraron para diseñar una facultad de economía local en modelos norteamericanos a los que pudieron tener acceso en su condición de representantes brasileños a la Conferencia de Bretton Woods de 1944, conferencia en la que Argentina no participó. Hasta la década de 1940 la enseñanza de ciencias económicas no tenía en el Brasil el status universitario que era reclamado por las asociaciones profesionales de graduados en contabilidad que se venían formando a partir de los años 30.<sup>xxviii</sup>

La idea de crear una Facultad Nacional de Ciencias Económicas había estado prevista desde la reforma educativa proyectada por el ministro Francisco Campos, antecesor de Capanema y futuro ideólogo del Estado Novo, en 1931. Sin embargo la misma no se establecería hasta finales del Estado Novo. Al igual que en la Argentina, los estudiantes de la nueva facultad pertenecían por lo general a sectores provenientes de escuelas profesionales. De hecho, la nueva facultad, aceptando esta situación, mantuvo horarios nocturnos hasta finales de la década de 1950. Solo el 11% de la primera generación de estudiantes eran egresados de secundarios propedéuticos<sup>xxix</sup>. También en la USP se creó una facultad de Economía en 1946. A diferencia de la prestigiosa Facultad de Filosofía de la USP, la de economía no logró reclutar sus primeros docentes en el exterior, sino que los mismos provenían de la Facultad de Derecho local y de las escuelas comerciales y facultades privadas ya existentes. Al igual que su par carioca, la facultad de economía paulista parecía atraer a jóvenes que (como Antonio Delfim Netto) no tenían condiciones económicas o sociales para seguir estudios de ingeniería o derecho.<sup>xxx</sup>

### **Estado y economía: el “momento intervencionista” de los años 30 y 40**

La crisis de 1930 afectó a toda América Latina y coincidió con profundos cambios institucionales. Tanto Brasil como Argentina eran países cuyas economías estaban fuertemente vinculadas al mercado agro-exportador. Desde principios del siglo XX ambos países habían experimentado un sostenido proceso de industrialización que se volvió más evidente durante la Primera Guerra Mundial. Hacia 1930, sin embargo, el nivel de industrialización de la Argentina era muy superior al de Brasil. A pesar de esto,

un grupo dentro de la elite industrial brasileña lograría una cercanía muy próxima al Estado a partir de 1930 y estarían entre los promotores más importantes de la conformación de la economía como disciplina de Estado.

En ambos países el año 1930 trajo consigo un quiebre en el orden institucional. Sin embargo la naturaleza de los cambios sería bien distinta, puesto que, como señalan Boris Fausto y Fernando Devoto, mientras que en la Argentina los golpistas y sus sucesores buscaban una restauración de la Argentina conservadora mansillada por la democracia yrigoyenista –proyecto que desde luego no podría realizarse dada la coyuntura internacional abierta por la crisis de 1930-, en Brasil el régimen instaurado en 1930 a través de sus sucesivas variaciones pretendía a través de un proyecto claramente modernizador cambiar radicalmente la estructura política (y social) consolidada durante la República Vieja.<sup>xxx1</sup> Aunque el proyecto corporativista de Uriburu fracasó y él se vio obligado a renunciar, a partir del año 30 se produjo una gradual aunque rápida expansión de los espacios de intervención del Estado en la economía.

#### *La crisis en la Argentina: un nuevo espacio para los egresados de la FCE*

Los debates sobre los rumbos que debía tomar la economía argentina se venían dando desde la Primera Guerra Mundial, como se vio más arriba. Sin embargo, fue realmente a partir de 1932 cuando, luego de una titubeante reacción de la elite gobernante frente a una coyuntura crítica -que pocos creían que tendría la gravedad y la duración que finalmente tuvo-, el Estado comenzó a tomar medidas activas para enfrentar la nueva situación.<sup>xxxii</sup> Estas medidas están asociadas a la figura de Federico Pinedo, un joven ex militante socialista, y a partir de finales de los años 20 miembro del recientemente creado Partido Socialista Independiente partido que, a diferencia del tronco del cual se desprendió, no encontró mayores problemas en vincularse a los gobiernos fraudulentos surgidos en la década. Pinedo era un abogado proveniente de una familia de la elite local, con sólidos conocimientos de economía basados en una cuidadosa lectura de los clásicos; pero quienes llevaron a cabo el programa de reformas era un grupo de técnicos egresados de la FCE liderados por Raúl Prebisch quienes, por primera vez, accedían a cargos

dirigente en el Estado, aunque, según el testimonio de un miembro del grupo, se habían estado preparando para ello desde sus tiempos de estudiante.<sup>xxxiii</sup>

Algunos de los organismos que se crearon en esta coyuntura, tales como las diversas juntas reguladoras para proteger distintos productos, tales como la carne y los granos, tuvieron más bien un carácter corporativo; una parte importante de sus miembros eran elegidos por las asociaciones de productores, aunque el Estado tenía una presencia en todos ellos. Un nuevo concepto: “planning” (mencionada en inglés porque, como señala Tulio Halperin Donghi, hacia principios de los años 30 no parecía haber una palabra que designe adecuadamente esta noción en español) abrió un abanico de posibilidades para la intervención estatal. Desde los hermanos Irazusta hasta el financiero Alejandro Shaw proponían el abaratamiento del crédito como solución a los problemas más acuciantes generados por la crisis.<sup>xxxiv</sup> Dentro de este contexto también se establecieron otros organismos que tenían que ver con cuestiones puramente técnicas, fiscales o monetarias, tales como el cobro de los recientemente introducidos impuestos a los réditos, o el manejo de los complejos instrumentos de control de cambio que estaban en manos exclusivamente de técnicos la mayoría de los cuales eran egresados de la FCE. Como señala Halperín Donghi, las tareas cada vez más complejas que se atribuía el Estado requería de sus funcionarios “competencias que no podían ser parte del bagaje común de la clase política.”<sup>xxxv</sup>

A partir de los últimos años del siglo XIX se había venido conformando una estructura tecnoburocrática formada sobre todo por abogados, ingenieros (como el propio Bunge que ocuparía diversos cargos de importancia incluyendo el de Director Nacional de Estadísticas) y médicos que seguía los lineamientos de un “liberalismo reformista”<sup>xxxvi</sup>. Esta estructura se debilitó durante el gobierno de Yrigoyen quien prefería utilizar la estructura del Estado como fuente de clientelismo político. A partir de 1930, en un contexto menos democrático, Prebisch y su grupo se proponían retomar la tarea, excepto que ahora, en la nueva coyuntura, sería una elite de economistas egresados de la FCE quienes ocuparían un lugar privilegiado como técnicos de Estado. Este grupo de técnicos que serían conocidos más adelante como “el trust de los cerebros” se había ido conformando desde finales de la década de 1920 cuando Prebisch fue encargado de organizar la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco Nación.<sup>xxxvii</sup> Aunque entre

los mismos había algunos que, como el propio Prebisch o Walter Klein, poseían un capital social considerable al provenir de familias de inmigrantes europeos entroncadas por casamiento con la aristocracia provinciana, su acceso a funciones estatales se debió más bien a que éstas ahora constituían una “carrera abierta al talento”. Si bien es cierto que Prebisch contaba con un importante capital de relaciones sociales que incluía vínculos con la familia Bunge (Alejandro y su hermano Augusto, dirigente socialista), con el segundo Ministro de Hacienda del gobierno revolucionario, Enrique Uriburu, y con el propio presidente de facto, a quienes lo unían lazos de parentesco por el lado materno, y más adelante con Luis Duhau, presidente de la SRA y luego ministro de agricultura, entre otros, lo cierto es que su vertiginoso ascenso se debió fundamentalmente a la capacidad casi ilimitada que tenía de impresionar a sus interlocutores (aun a los que se oponían a él) con sus dotes intelectuales y la solidez de sus conocimientos técnicos.<sup>xxxviii</sup> En sus sucesivos pasos por la Sociedad Rural, el Banco de la Nación y posteriormente el Banco Central, Prebisch había ido organizando oficinas de investigaciones económicas que no solamente constituyeron espacios de formación práctica para economistas, sino también “bolsones de eficiencia” reclutándose su personal por concurso entre los mejores alumnos de la FCE.<sup>xxxix</sup> A diferencia de Bunge y otros miembros de su generación, el grupo formado alrededor de Prebisch se definía por una identidad esencialmente técnica, más pragmática que ideológica.

En 1935 se creó una institución que ocuparía (como en otros países) un lugar central en la conformación de un espacio para los economistas dentro del Estado : el Banco Central. El proyecto original había sido confeccionado por Prebisch y su grupo; sin embargo, el predecesor de Pinedo en el ministerio, Alberto Hueyo, había decidido convocar a un experto inglés, Sir Otto Niemeyer para que formulara otro proyecto. Finalmente, el proyecto final era una versión híbrida entre la de Niemeyer y el del grupo argentino, aunque admitía una mayor intervención estatal y participación de intereses corporativos que la propuesta en el proyecto del experto inglés; además el proyecto argentino incluía la creación de un “Instituto Movilizador de Inversiones” que permitiría retornar al mercado los activos bancarios compuestos de propiedades productos de deudas impagas. Estas instituciones generaron fuertes debates. Mientras sus opositores (entre los que se encontraba el diario La Prensa y académicos de prestigio como Roque

Luis Gondra) consideraban que la nueva institución fomentaría la inflación a través de la emisión desmedida que ahora estaría librada aunque de manera oculta a la discreción del Estado, al tiempo que cuestionaban la creación de una institución de este tipo en momentos de fuertes déficits; sus promotores (el diario La Nación y sorpresivamente el órgano nacionalista La Fronda aparte, desde luego, de los funcionarios encargados de poner el plan en funcionamiento) señalaban que el nuevo organismo centralizaría de una vez funciones que habían estado hasta entonces dispersas. Pinedo señalaba además que las rigideces impuestas por el mecanismo de la antigua caja de conversión ocluían la posibilidad de realizar cualquier tipo de política monetaria al hacer depender la emisión de los resultados del balance comercial. El Banco Central permitiría, a través de la posibilidad de introducir políticas anti-cíclicas, atenuar las consecuencias de los ciclos económicos.<sup>x1</sup> Una vez creado el Banco Central Pinedo le ofreció a Prebisch la presidencia del mismo, pero éste declinó la oferta; consideraba que el puesto de presidente era demasiado político para su gusto y prefirió el de gerente general, menos visible y eminentemente técnico. Prebisch ocupó esta posición hasta que fue forzado a retirarse por la revolución militar de 1943 que llevaría a Perón a la presidencia tres años más tarde.

Las nuevas áreas de intervención estatal en la economía eran en un principio aceptadas por algunos sectores meramente como respuestas circunstanciales a la crisis. Ni siquiera quienes las promovían estaban en condiciones de aceptar en su totalidad la novedad de las innovaciones producidas. De la misma manera, cuando a Pinedo le tocó defender la creación del Banco Central en el Congreso, se empeñó en destacar los aspectos ortodoxos del proyecto, contradiciéndose con sus propias palabras formuladas en otros ámbitos. Mientras a la prensa mostraba el carácter innovador de su plan y las posibilidades que ofrecía para realizar política anticíclica, en el Congreso mostraba lo contrario, dejando en claro que el Banco Central tendría como función adaptar la emisión a las necesidades de los negocios (es decir siguiendo una tendencia pro-cíclica de tipo ortodoxa) y enfatizando que el proyecto propuesto no se diferenciaba en nada sustancial del de Niemeyer.<sup>xli</sup> Sin embargo, la nueva situación planteada por la crisis y las medidas tomadas profundizaron el debate sobre el camino que había venido siguiendo la Argentina en su devenir económico y sobre el que se debería seguir a partir de entonces.

Tal como lo señalaba un joven doctorado de la facultad (que luego tendría una importante trayectoria como economista estatal) en 1933, “Todo el aparato científico que hasta ahora nos permitía actuar con relativa eficacia sobre la circunstancia económica y sobre todo, explicárnosla, ha sido invalidado por la transformación que ha sufrido el conjunto, que no es el mismo cuyas leyes dedujeron los clásicos. Nuestro país debe procurarse un nuevo instrumental teórico que le permita afrontar los hechos y dotarse de hombres capaces de desempeñarse en la difícil situación.”<sup>xliii</sup> Es que, como señalaba el director de la recientemente creada Escuela de Economía de la Universidad de Córdoba en 1935: “El problema económico domina, por ahora, a los demás, está a la orden del día. Es de buen gusto y a la moda hablar de la crisis, de la moneda o de la economía planificada y dirigida.”<sup>xliiii</sup> Cada vez quedaba más claro que las reglas de juego habían cambiado, que estos cambios difícilmente se revertirían y que los nuevos desafíos requerían nuevas respuestas que sólo personal técnicamente calificado podía brindar:

Pléyade de funcionarios...que con su prestigio acrecentado por la experiencia darán rumbo y unidad, aún en la constante renovación de la función pública, a nuestra política financiera, que no puede marchar a remolque de las inspiraciones o buenas intenciones de los hombres que se suceden como Ministros de Hacienda, lo que, para bien del país, tendrán que subordinarse, como acontece en Inglaterra, a la ciencia y la experiencia de los expertos, funcionarios permanentes de las finanzas públicas.<sup>xliv</sup>

Basta leer los periódicos de la época para percibir la puesta en marcha de una verdadera “pedagogía económica” donde explicaciones técnicas proporcionadas casi diariamente por el Ministerio de Hacienda se combinan con reportajes a “técnicos de la FCE” que proporcionan “opiniones calificadas” a favor o en contra de las medidas tomadas. Ganar la opinión pública en uno u otro sentido fue un objetivo compartido por el gobierno y sus detractores.<sup>xlv</sup> Y fue precisamente la prensa escrita el instrumento elegido por Raúl Prebisch en 1934 para responder a las críticas que el ex ministro Hueyo y el profesor Gondra formularan al plan económico de Pinedo.

A su “autorizado colega de la Facultad de Ciencias Económicas” Gondra, Prebisch le recordaba las consecuencias sociales que una contracción del crédito como la propuesta por aquél hubiera desencadenado en el sector rural dado que la presencia de elementos “de inercia económica y social y la rigidez de ciertas relaciones contractuales

preestablecidas” había impedido que la baja de los precios fuera acompañada por una baja semejante en las deudas hipotecarias, fletes, arrendamientos, salarios y otros componentes que afectaban el desarrollo de las actividades rurales. Frente a las teorizaciones de Gondra, Prebisch oponía los datos de la realidad: “Una cosa es como el patrón oro [defendido por Gondra] debiera comportarse en el mundo conforme al ritual de la teoría pura y otra la forma en que se ha comportado en la realidad.” La devaluación de la moneda, según Prebisch, había logrado que los precios en papel declinaran menos que los precios en oro. La crisis actual, recordaba Prebisch, y a diferencia de lo que sostenía Gondra y en particular el diario La Prensa, no era comparable a la de 1890 ya que mientras aquella constituía un caso de inflación clásico con emisiones descontroladas, en la presente la cantidad de circulante lejos de haberse incrementado, se había reducido. Dado que la crisis provocaba una baja relativa de los precios internacionales de los productos del agro, mantener la estabilidad monetaria como pretendía Gondra hubiera provocado una redistribución de ingresos en detrimento de los sectores rurales locales.<sup>xlvi</sup> La liquidación masiva de deudores que sobrevendría a la restricción monetaria que proponía Gondra haría que los productores “arrancados del suelo, dejen allí su propia sensibilidad y tomen la forma abstracta de aquellos simples factores de la producción sobre los que se discurre ágilmente en los teoremas económicos.” Finalmente, Prebisch termina su refutación a las críticas de Gondra señalando ácidamente que la inflación presente según éste “existe en la mente de aquellos que, de espaldas a la realidad construyen con sus prejuicios dogmáticos su propio mundo y devanean allí sus teorías económicas ajenas a la enseñanza de los hechos, indiferentes al deber de enseñarlos.”<sup>xlvii</sup> En la nueva coyuntura, el análisis de la realidad tenía preeminencia sobre las teorizaciones abstractas. La nueva ciencia económica debía, sobre todo, ser operativa.

Cuando la coyuntura económica de 1930 requirió de una modernización del Estado y de una burocracia técnica, ya existían grupos vinculados a la FCE que reclamaban para sí la posesión de un saber especializado que no podía ser compartido por otros grupos profesionales. Este personal basaba la legitimidad de su acción en un saber específico y no tanto en la posesión de un nivel elevado de capital social ni en su pertenencia a grupos corporativos poderosos cuyos intereses debían defender. Se veían a

sí mismos y eran vistos como una verdadera elite técnica estatal que estaba por lo tanto dispuesta a servir al Estado independientemente de la naturaleza del gobierno de turno. De hecho, las condiciones de aplicación de su saber parecían ampliarse a medida que se restringía la presencia de la política en el manejo de la cosa pública. A pesar de las ideas progresistas que compartía el grupo de Prebisch (él mismo provenía del socialismo), quedaba claro que la instauración de la democracia fraudulenta y restrictiva en 1932 generaba condiciones favorables para su accionar en la medida que impedía un control demasiado riguroso por parte del parlamento sobre las medidas adoptadas.<sup>xlviii</sup> Una participación activa del Congreso solo serviría, desde el punto de vista de los técnicos, para complicar las cosas y contaminar la neutralidad técnica de las medidas programadas.

La presencia de esta creciente tecnoburocracia, con una identidad profesional definida y operando de manera cada vez más autónoma respecto de los poderosos grupos corporativos –sobre todo en cuestiones impositivas-, comenzó a ser vista con alarma por los representantes de esos grupos que la habían visto nacer con beneplácito cuando una intervención mayor del Estado había sido reclamada frente a los cambios de coyuntura. Así, refiriéndose directamente a esta elite decía en 1942 Luis Colombo, presidente de la poderosa Unión Industrial Argentina (UIA, en adelante):

Han dicho mis colegas cuales son las causas del aumento [de los impuestos]; un avance burocrático cada vez más extensivo, y lo más grave y lo habrá comprobado cualquiera de los que tenemos que concurrir a las oficinas públicas, es que una gran parte de la burocracia se compone de lo que yo llamo “niños precoces”... Un título de doctor en ciencias económicas ... se creen sapiencias en el gobierno. No tienen experiencia ni tienen práctica muchos de ellos, pese a su inteligencia.<sup>xlix</sup>

Opiniones semejantes eran expresadas por representantes de la Sociedad Rural Argentina que miraban con alarma la creciente autonomía del Estado.<sup>1</sup> Es que la naturaleza del intervencionismo estatal había cambiado gradualmente durante la década de 1930. Mientras las juntas reguladoras establecidas durante la primera mitad de los años 30 contaban con una fuerte representación de los productores y sectores interesados –al punto que eran reconocidas por el propio Estado como organizaciones de productores-, a lo largo de la década la presencia del Estado en las mismas se incrementó a expensas de aquellos. Muchas de estas juntas fueron perdiendo autonomía. Durante el peronismo se intentaría instalar un sistema de corte corporativista fuertemente controlado por el Estado,

pero en un contexto político profundamente polarizado que generó un fuerte rechazo por parte de los ganaderos e industriales y que terminó con la intervención de la Unión Industrial Argentina.

Durante los gobiernos de Perón (1946-1955) la idea de planificación pasó a convertirse en un eje central de la política del Estado a partir de la formulación de dos planes quinquenales de gobierno. Fue en este período que egresados de la Facultad de Ciencias Económicas llegarían ocupar por primera vez el Ministerio de Hacienda, y la presidencia del Banco Central y las múltiples nuevas estructuras estatales creadas por el gobierno. Sin embargo, la profunda polarización ideológica y política generada por el advenimiento del peronismo, y la identificación del Estado con la figura del gobernante, tema sobre el que no puedo detenerme aquí,<sup>li</sup> canceló la posibilidad de desarrollo de una elite técnica estatal. Esto fue reconocido por Raúl Prebisch, quien debió abandonar su puesto en el Banco Central y eventualmente emigrar, al comparar el efecto negativo que Perón había tenido en la Argentina con el efecto positivo de Vargas, cuya dictadura no sólo no había generado una polarización política semejante, sino que además, al controlar los resortes del poder, había permitido el florecimiento de una estructura burocrática casi weberiana.<sup>lii</sup> Perón además aisló al país de los centros de decisión internacionales. La ambigua línea de conducta seguida por el gobierno militar del cual emergió durante la Segunda Guerra Mundial, su discurso anti-EEUU y un estilo demasiado parecido al de los regímenes recientemente derrocados en Europa para el gusto de la opinión pública norteamericana provocaron el castigo por parte de Washington, que solo se revertiría sobre el final del período. Argentina fue el único país importante de la región que no sólo no participó de la conferencia de Bretton Woods, sino que tampoco adhirió a los organismos allí originados hasta una década más tarde. La internacionalización del campo de la economía argentina se produciría, por lo tanto, tardíamente, luego de la caída de Perón en un contexto signado por el desarrollismo.

#### *La crisis del 30 y los industriales-economistas brasileños*

La economía brasileña también se había incorporado desde el siglo XIX en el mercado internacional como productora de artículos primarios. Su sobredependencia en un solo producto, el café, que proporcionaba hacia 1920 las tres cuartas parte de su

ingreso derivado del comercio internacional, sin embargo, la colocaba en una situación más frágil que a su país vecino. A lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX, el gobierno imperial primero y republicano después tomaron como política no incentivar aquellas actividades económicas consideradas “artificiales”, incluyendo las industrias. Esto no significó una política del laissez-faire, ya que los gobiernos tanto a nivel federal como estadual intervenía activamente para mantener el precio del café a través de las políticas de valorización puestas en vigencia a partir del pacto interestatal de 1905. El Estado brasileño, por lo tanto, tenía una tradición intervencionista en favor de grupos de interés específicos.

Hacia 1930 la estructura industrial brasileña, centralizada sobre todo en los Estados de São Paulo y Río de Janeiro, había crecido rápidamente, aunque era comparativamente más débil que la argentina. Los empresarios industriales, particularmente los de estos Estados, venían reclamando activamente protección para sus actividades económicas. Las organizaciones corporativas de industrias habían existido en Brasil desde los tiempos del imperio. A diferencia de sus pares argentinos, los industriales brasileños tenían una tradición de cooperación con el Estado que se profundizó a partir de 1930. Sería en particular entre los industriales paulistas (asociados en el Centro de Industrias del Estado de São Paulo desde su separación en 1928 de la asociación que los agrupaba junto con los comerciantes ) desde donde emergería un activo grupo de industriales-economistas antes de la creación de las instituciones de formación académica. Poco a poco las discusiones y la propaganda a favor de la industria local dejarían de estar fundamentadas en argumentos circunstanciales y se convertiría en defensas a intereses corporativos basadas en una teoría económica más firme. Un ejemplo de esto son los trabajos del empresario textil Otávio Pupo Nogueira, quien introdujo en el Brasil los trabajos del economista proteccionista y corporativista rumano Mihail Manoilescu, los cuales tendrían una gran influencia en ciertas áreas del pensamiento económico brasileño de las décadas siguientes.<sup>liiii</sup> Los trabajos de Manoilescu recibieron importante difusión en Brasil porque en su obra convergían justificaciones al proteccionismo basados en la existencia de una productividad diferencial entre los sectores agrarios e industriales semejante al promovido por los industriales paulistas y luego por el Estado por un lado, con una teoría del corporativismo que servía como

justificación al sistema que Vargas intentaba implantar en Brasil por el otro. Al producirse la revolución de 1930 algunos industriales paulistas (entre ellos Pupo Nogueira y Alexandre Siciliano) fueron nombrados miembros de la comisión creada por el gobierno para la reforma de las tarifas de 1931. El primer paso para la conformación de un campo de economistas en Brasil, por lo tanto, no se dio a partir de instituciones académicas sino desde las corporaciones empresariales. Hacia la década de 1930 este campo estaba básicamente conformado por industriales poderosos, la mayoría con formación profesional de ingenieros, y con un nivel considerable de capital social que los legitimaba como representantes corporativos. Cuando luego de 1930 muchos de ellos pasaron a formar parte del Estado a través de su participación en diversos consejos técnicos, lo hicieron simultáneamente en tanto poseedores de un saber técnico que compartían con una incipiente burocracia estatal, y en tanto representantes de sus grupos de interés económico y social. Fueron los industriales (en particular los paulistas) los que mejor y más rápido adaptaron sus organizaciones a las estructuras corporativas establecidas por Vargas desde el inicio de la década de 1930. Algunos empresarios como Eugenio Gudín, ocuparían un papel central en la conformación del campo de la economía brasileña tanto a nivel académico como estatal.

Nada de esto ocurrió entre los empresarios argentinos. Aunque existían grupos “progresistas” dentro de este empresariado, algunos de ellos vinculados al círculo de Alejandro Bunge o Torcuato Di Tella, lo cierto es que, como señala Jorge Schvarzer, los industriales argentinos, debido al origen más bien rentístico de sus ingresos, no fueron capaces como grupo de elaborar alternativas de desarrollo económico radicalmente diferentes del modelo agroexportador hasta bastante más tarde. Por lo tanto, aunque la UIA había organizado desde principios de los años 40 un Instituto de Estudios y Conferencias donde convergían empresarios industriales y miembros de las Fuerzas Armadas interesados en la industrialización, no fue desde las corporaciones de industriales de donde surgirían debates económicos profundos. Los empresarios argentinos, por lo general de un origen social más plebeyo que sus pares brasileños gozaban además de un nivel educativo menor que estos.<sup>liv</sup>

Al igual que en la Argentina, aunque de manera aun más activa, también en Brasil a partir de 1930 se crearon una serie de instituciones orientadas a instrumentar el control

del Estado en la economía, incluyendo nuevos ministerios tales como el Ministerio de Trabalho, Industria y Comercio (1930) y el Ministerio de Educação e Saúde Pública (1932), aparte de consejos sectoriales y comisiones de asesoramiento. Estos consejos tenían por fin asesorar al ejecutivo en la formulación de políticas. Estaban formado por técnicos estatales y representantes de intereses corporativos que a su vez tenían representación en el congreso según lo establecía la constitución. En los años 30 el Estado varguista avanzó mucho más que el argentino en establecer las bases de una representación corporativa bajo el control del Estado y a su vez se encontró con corporaciones (particularmente la industrial) muy interesadas (y con una tradición ya existente) en establecer un patrón de participación en el Estado. Particularmente importante fue el Conselho Federal do Comercio Exterior, órgano de asesoramiento técnico dependiente directamente del presidente formado por economistas prestigiosos, algunos de origen industrial y que luego coordinaría toda la política económica durante el Estado Novo.

Al mismo tiempo, Vargas creó una burocracia paralela leal a él que funcionaba por fuera de los mecanismos de clientelismos tradicionales del Brasil.<sup>lv</sup> En 1936 se creó el Conselho Federal do Serviço Público Civil que preparó el terreno para la creación, dos años después, del poderoso Departamento Administrativo del Servicio Público (DASP), organismo dotado de amplios poderes, destinado a implementar una profunda reforma en la administración pública, incluyendo entre su área de acción la definición de los parámetros de ingreso a la administración pública a través de exámenes de competencia rigurosos, las compras del Estado y las técnicas de elaboración del presupuesto nacional.<sup>lvi</sup> Celso Furtado estuvo entre sus primeros empleados. Su primer director, Luis Simões Lopes sería luego director de la Fundación Getulio Vargas, sobre la cual volveré más abajo. Por otro lado se puede apreciar el montaje de una estructura corporativa que permitía la representación de intereses sociales y económicos específicos en el interior del Estado sin mediación partidaria.<sup>lvii</sup> Durante los gobiernos de Vargas el Estado cobró un nivel de autonomía inimaginable durante la República Vieja. Esta ingeniería institucional no fue desmontada luego del fin del Estado Novo y en buena medida ha sobrevivido hasta la década de 1990. Es dentro de esa estructura que se conformó el campo de los economistas en Brasil.

Esta ola de reformas institucionales incluyó la creación de organismos técnicos especializados en cuestiones monetarias, financieras o más en general de política económica tales como (entre otras) la Secção de Estudos Econômicos del Ministério de Fazenda (1934); y la poderosa Superintendência de Moeda e Crédito (Sumoc), un virtual banco central (1945), y más tarde el Banco Nacional de Desenvolvimento Económico creado este último en 1952 como resultado de las recomendaciones de la Comisión Mixta EEUU-Brasil, y que estaría muy vinculado a la CEPAL. Estas instituciones funcionaron como verdaderas escuelas prácticas de economía donde los funcionarios eran entrenados dentro del Estado brasileño. Pero al mismo tiempo, estos organismos fueron generando también un fuerte sentido de identidad burocrática que se manifestó en luchas interburocráticas por legitimidad y espacios de poder dentro del Estado. De esta manera, al crearse la Sumoc, su desarrollo estuvo condicionado por las resistencias opuestas por el Banco do Brasil, institución que se opuso a su vez a la creación de un Banco Central, lo que en Brasil no ocurrió hasta 1965, es decir treinta años después que en la Argentina, a pesar que planes en este sentido habían existido desde antes de la década de 1930. Estas instituciones se convirtieron gradualmente en mecanismos de ascenso social sobre todo para individuos de clase media proveniente del interior del país. El manejo de estas instituciones requería la presencia de personal especializado en economía. A diferencia de la Argentina, donde este personal ya estaba disponible desde la creación de la FCE, en Brasil hubo que generar las instituciones de entrenamiento que la Universidad incipiente no estaba en condiciones de proporcionar.

El valor estratégico del Brasil para los EEUU durante la guerra, y las políticas de acercamiento del gobierno de Vargas al país del norte colocó a este país en una situación muy diferente de la de Argentina respecto de los centros de decisión internacional. No solamente una cantidad de economistas estatales brasileños tuvieron, como Roberto Campos, la posibilidad de participar de los Acuerdos de Bretton Woods y aprovechar su estadía en los EEUU para lograr una formación académica formal, sino que además, la participación temprana de Brasil en estos organismos y acuerdos forzó al país a realizar una serie de cambios institucionales y formar rápidamente una elite capaz de hablar la lengua de la economía internacionalizada (o americanizada). Posteriormente, la Comisión Mixta Brasil-EEUU, de cuyas propuestas surgiría el BNDE, que a su vez se vincularía

fuertemente con la CEPAL, profundizó la internacionalización temprana del campo de la economía en Brasil y más que compensó por la debilidad de las instituciones de formación académica. Otra institución fundamental en este proceso fue la Fundación Getulio Vargas (FGV). La misma surgió precisamente, como “fundación privada de interés público” para profundizar los estudios sobre problemas vinculados a la administración pública, y sobre todo para contribuir a la modernización de la burocracia estatal manteniéndose al mismo tiempo independiente de los avatares de la política.<sup>lviii</sup> La FGV, sobre todo a través de su área de economía creada en 1946 y posteriormente transformada en el IBRE (Instituto Brasileiro de Economía, creado en 1951) organizado éste último bajo la inspiración de Eugenio Gudín y Otavio Guvêa Bulhões (ambos eran simultáneamente profesores de la Facultad de Economía de Rio de Janeiro) constituiría un centro no solo de formación de economistas en forma paralela a las universidades, sino de producción de estadísticas, publicaciones y debates.<sup>lix</sup> En particular, la FGV fue el espacio donde se desarrollaron las cuentas nacionales del Brasil y, tal vez más importante, los primeros índices de precios que permitieron a las empresas y a la población ajustar su conducta en un contexto de inflación perenne.

Desde 1947 la FGV publicaba dos revistas de economía de alto nivel: la Revista Brasileira de Economia, y Conjuntura Econômica. A partir de la década de 1950, además la FGV se convertiría en una usina de pensamiento neo-liberal, aunque sin el dogmatismo mostrado por los proponentes de esta forma de entender la economía en la Argentina. La FGV a través del IBRE promovió el debate con la CEPAL y el estructuralismo abriendo las páginas de su revista Revista Brasileira de Economia a proponentes de esta tendencia y del liberalismo. De hecho, a instancias de Celso Furtado, esta revista albergó el primer artículo de Raúl Prebisch publicado en Brasil. Lo cierto es que por un lado el pensamiento cepalino era cada vez más importante y estaba instalado en instituciones de vital importancia como el BNDE; y por otro lado, el liberalismo que encarnaba Gudín era matizado. Gudín nunca renegó de la intervención estatal, ni siquiera de un nivel “razonable” de protección a las industriales nacientes.<sup>lx</sup> El neoclasicismo promovido por la FGV estuvo en Brasil mucho más filtrado por ideas desarrollistas que en la Argentina. En Brasil el campo ideológico parece haber sido más poroso que en la Argentina. Un caso típico es el de Celso Furtado mismo quien inició su carrera en DASP, pasando luego

a la FGV desde donde fue enviado por intermediación de otro portaestandarte del neoclasicismo liberal: Guvêa Bulhões, a trabajar en la CEPAL. Estas diferencias, sumadas a un estilo político mucho menos polarizado en Brasil que en la Argentina, sin duda son factores importantes para explicar las continuidades en la política económica brasileña que tanto han admirado a observadores argentinos.

La FGV se convirtió además en un instrumento para la internacionalización de la economía como disciplina en Brasil. Sería desde la FGV donde jóvenes graduados, por medio de becas otorgadas por las Fundaciones Rockefeller y luego Ford, podrían ir a los EEUU a completar su formación. Para los funcionarios de estas fundaciones la FGV era el lugar legítimo de formación de economistas aptos para realizar estudios de post-grado en las universidades norteamericanas y de donde, además saldrían ministros y funcionarios de alto rango vinculados también a consultoras privadas.

Si la FGV fue un núcleo importante en la conformación del campo de los economistas en Brasil, particularmente por sus fuertes vínculos con el Estado, ciertamente no fue el único. Aparte de instituciones propiamente vinculadas a la política económica surgieron otros organismos productores de conocimiento y formadores de economistas tales como ISEB en Río de Janeiro, de orientación nacionalista más bien de izquierda (sobre todo en su último período), y el mismo Ministerio de Relaciones Exteriores. Dentro del Palacio de Itamaraty se constituyó a partir de la década de 1940 un importante núcleo de funcionarios vinculados a la emergente “diplomacia de la economía”, algunos de cuyos miembros, como Roberto Campos, ocuparía un lugar central en el campo de los economistas.<sup>lxi</sup> Por otro lado Celso Furtado junto a otros economistas de orientación cepalina organizó hacia finales de los años 50, junto con un número importante de funcionarios del Estado y otros economistas un Club de Economistas de orientación heterodoxa, que pronto comenzó a publicar su propia revista: Revista Econômica Brasileira. Se ve entonces, que la formación de los economistas como técnicos de Estado no se dio en Brasil en instituciones académicas vinculadas a la universidad, al menos hasta la década de 1960, sino en instituciones fuertemente vinculadas al Estado donde coexistían economistas de las orientaciones más diversas.

## **Debates y Consolidación del Campo de los Economistas: El Debate Simonsen-Gudin**

Los debates acerca de la política económica que en Argentina se dieron en alguna medida en la universidad y en ámbitos extraestatales (particularmente en la prensa), en Brasil se dieron en el seno mismo del Estado aún antes de crearse las primeras instituciones de formación de economistas. Un debate que fue modelador del campo de la economía estatal en Brasil fue el que tuvo lugar acerca de la importancia y necesidad de la planificación estatal de la economía entre dos ingenieros-economistas-empresarios vinculados al Estado Novo cuyas trayectorias personales son reveladoras. Roberto Simonsen (1889-1948), nacido en Rio pero educado en São Paulo pertenecía a una familia paulista vinculada a negocios de exportación de café y a capitales ingleses. Más adelante se vinculó con el Estado local trabajando como ingeniero jefe de la comisión de mejoramiento municipal en Santos (el abuelo también había participado en el mejoramiento urbano de la ciudad). Simonsen lograría, de manera similar a Bunge en la Argentina, construir para sí mismo un lugar en la esfera pública ubicado en la convergencia de los negocios privados, los vínculos con el Estado, relaciones internacionales y la producción y difusión de saberes sociales. A partir de finales de la década de 1910 Simonsen fue invitado a formar parte de diversas misiones comerciales y congresos internacionales representando al Brasil. Por otro lado tuvo una importante participación en las asociaciones corporativas empresariales, llegando a dirigir un importante número de ellas. Interesado en la “cuestión social” organizó la Cámara de Trabajo, organismo no oficial de conciliación entre el capital y el trabajo.

Los emprendimientos industriales de Simonsen eran multidimensionales. Aparte de la construcción (fuertemente vinculada al Estado tanto a nivel local como federal) incursionó en el terreno de los combustibles, cerámicas, caucho y posteriormente, siguiendo la tradición familiar, ingresó en el negocio del café. A partir de los años 20 Simonsen consolidó su prédica proteccionista, que se formalizaría luego de ponerse en contacto con los textos de Manoilescu. En 1930 Simonsen apoyó la candidatura de Prestes y en 1932 tuvo una participación muy activa en la Revolución Constitucionalista. Poco después, creó en São Paulo el Instituto de Organização Racional do Trabalho (IDORT), promoviendo la difusión del taylorismo. Al mismo tiempo planificó la distribución de medicamentos y colaboró en la reforma administrativa del Estado. La

convergencia de sus intereses en la racionalización administrativa pública y privada, en las ciencias sociales y su convicción acerca de la necesidad de generar una elite estatal lo llevó a promover la fundación de la Escola Livre de Sociologia e Política em São Paulo, un enclave de cultura académica norteamericana donde él mismo enseñaría historia económica brasileña.

Su reciente oposición al varguismo no impidió a Simonsen (como a tantos otros intelectuales y empresarios) acercarse al Estado cuando las oportunidades se presentaran. En la convención constituyente de 1934 Simonsen fue representante de la corporación de industriales y más tarde fue elegido delegado corporativo de los empleadores en el nuevo congreso al tiempo que asumía la vicepresidencia de la Confederação Industrial Brasileira. Por esos años pasó a formar parte del círculo de empresarios cercanos a Vargas y fue nombrado miembro de Conselho Federal do Comercio Exterior. Simonsen apoyó el establecimiento del Estado Novo y en 1942 fue nombrado miembro de Conselho Consultivo da Coordenação da Mobilização Econômica.(CME) para organizar la economía de guerra y asegurar suministro de materias primas a EEUU. Participó del Congreso Brasileño de Economía de 1943 y un año después fue nombrado miembro del Conselho Nacional de Política Industrial y Comercial (CNPIC) dependiente del Ministerio de Trabajo, desde donde entablaría su famosa polémica con Gudin.<sup>lxii</sup>

La larguísima trayectoria de Eugenio Gudin (1886-1986) tiene puntos en común pero también importantes diferencias respecto de la de Simonsen. Carioca de nacimiento e hijo de una familia de importadores egresó de la Escola Politécnica de Rio de Janeiro como ingeniero. Trabajó para una serie de empresas de capital británico vinculadas a obras públicas. Más tarde incursionó en el periodismo publicando artículos de economía en el Correio da Manhã. Gudin fue un autodidacta entusiasmado desde temprano por los autores neoclásicos. Sin embargo su formación en esta doctrina no le impidió, luego de la Revolución de 1930, ocupar importantes cargos en órganos técnicos y consultivos del gobierno federal. En 1932 simpatizó con la revolución paulista pero un año después lo encontramos nuevamente colaborando con el gobierno central trabajando en el Banco do Brasil. En 1935 integró la Comissão Mista de Reforma Econômica e Financiera.

Gudin invirtió mucho más fuertemente que Simonsen en la conformación de un campo académico de la economía. En 1937 fue co-fundador de la Sociedade Brasileira de Economia Política. Cuando en 1938 se creó la Facultad privada de Ciencias Económicas y Administrativas, Gudin fue nombrado profesor por concurso y luego director. Tanto Gudin como Simonsen ocupaban un espacio entre los negocios, el Estado y la academia aunque lo hacían desde lugares diferentes. Simonsen era un patrón de industria que se acercó al Estado desde la defensa de sus intereses corporativos utilizando las oportunidades abiertas por el régimen varguista antes, durante y después del establecimiento del Estado Novo. Aunque fundó instituciones académicas de primer nivel (como la Escola Livre), esta línea de acción tenía más que ver con sus intenciones de formar una elite gobernante en su Estado natal que con intereses académicos autónomos. Gudin, por su parte, puede ser caracterizado más bien como un gerente de industrias, sobre todo vinculadas a servicios públicos. Su presencia en el Estado se dio fundamentalmente desde posiciones técnicas.

Al mismo tiempo, Gudin participó en la internacionalización del campo de la economía a partir de su participación en las conferencias de Bretton Woods y su actuación como gobernador brasileño del FMI y del BIRD. Desde 1944 fue miembro de la Comissão de Planejamento Economico, desde donde debatió con Simonsen. Más adelante se convirtió en un activo miembro de la FGV donde creó el IBRE. Gudin fue el autor del texto clásico de economía en el que estudiaron varias generaciones de economistas locales: Principios de economía monetaria de 1943 y de otros textos sobre temas financieros y económicos.<sup>lxiii</sup> En 1947 Gudin integró Consejo Nacional del Petróleo desde donde se opuso al monopolio estatal del petróleo y por lo tanto a la creación de Petrobras. Al final del gobierno de Vargas, Gudin se acercó a UDN y llegó a ser Ministro de Hacienda bajo el presidente Café Filho.

El debate entre Simonsen y Gudin sobre planificación tuvo algunas características que lo hacen particularmente interesante y que lo distinguen de debates contemporáneos en la Argentina. Para empezar se trató de un debate llevado a cabo por dos funcionarios del gobierno que actuaban en distintas reparticiones del Estado: Simonsen en el Consejo Nacional de Política Industrial y Comercial, y Gudin (paradójicamente) en la Comisión de Planeamiento Económico. Ambos tenían la representación de los organismos a los que

pertenecían. Por ello se trató tanto de un debate entre personas como de un debate interburocrático entre órganos del Estado. En realidad controversia fue generada desde dentro mismo del Estado porque fue el propio Ministro de Trabajo del que dependía el CNPIC el que solicitó a Simonsen la redacción de un informe sentando las bases para una política industrial del país. Este informe debía ser remitido a la Comisión de Planeamiento y que dio origen a la respuesta de Gudin y a la contrarrespuesta de Simonsen mediados de los años 40.<sup>lxiv</sup>

Esta posibilidad de debate dentro del Estado sugiere un nivel de autonomía del mismo que nunca estuvo presente en la Argentina donde los debates económicos estuvieron teñidos de política partidaria. El debate sobre el plan económico propuesto por Pinedo y su equipo para superar los efectos de la crisis había estado, sobre todo en el Congreso, más cerca de los ataques personales y de las disputas sobre las supuestas verdaderas intenciones del gobierno que pretendía instrumentarlas que de las discusiones doctrinarias.<sup>lxv</sup> De manera similar, Federico Pinedo fue incapaz de llevar a cabo su Plan de Reactivación Económica de 1940 (planeado en verdad por Prebisch y su grupo) debido a la fuerte oposición que la bancada radical le opuso luego que el ministro fracasara en establecer una tregua política con el líder de ese partido. El plan se discutió en la prensa y dentro de instituciones corporativas pero este debate fue mucho más político que económico. De la misma manera, cuando más de quince años después, Prebisch fue convocado por el gobierno que depuso a Perón para elaborar un plan de desarrollo y estabilización, las disputas (que casi terminan en un duelo entre Prebisch y un ideólogo del nacionalismo) no estuvieron centradas en los aspectos técnicos del plan sino más bien en la persona misma de Prebisch como representante de un organismo internacional, pero sobre todo como antiguo miembro de los gobierno fraudulentos de los 30 vistos y caracterizados por las corrientes nacionalistas como representantes de los intereses británicos. Más que el contenido del plan lo que transparentaban los debates era el hecho que a Prebisch no se le perdonaba el haber participado activamente en las negociaciones que llevaron a la firma del Pacto Roca Runciman con Gran Bretaña (símbolo del entreguismo para los nacionalistas) a principios de los años 30.

El debate brasileño, en cambio se desarrolló en condiciones muy diferentes. La controversia se dio en diferentes niveles, puesto que lo que Gudin discutía (y rechazaba)

de los argumentos de Simonsen no era solo -ni principalmente, si uno lee con cuidado los textos-, las simpatías planificadoras de éste último, sino más bien la calidad de la información estadística producida por la institución a la que Simonsen pertenecía y la capacidad de análisis de éste último. Lo que generalmente ha sido interpretado como un debate doctrinario revelaba al mismo tiempo otras cuestiones vinculadas a la conformación del campo de los economistas en Brasil. Por lo tanto se llevaba a cabo simultáneamente una discusión por las posiciones dentro de la estructura estatal, un debate ideológico, y un debate (en el que Gudin tenía mucho que ganar y Simonsen poco que perder) acerca de la producción de conocimiento económico, es decir de la economía como ciencia y como campo de saber.

Frente al texto de dieciocho páginas presentado por Simonsen (incluyendo tres de tablas), sin citas de fuentes, Gudin presentó un informe de 98 páginas con abundantes citas y notas. Mientras Simonsen discutía fundamentalmente posiciones generales, Gudin basaba las suyas en la exhibición de un conocimiento más profundo de la ciencia económica. La propuesta de Simonsen era instituir la planificación económica que tantos buenos resultados venía dando, según él, en países tan diferentes como Rusia y Turquía en cuanto a desarrollo material, y en los EEUU e Inglaterra al organizar la economía para la guerra y la industrialización.<sup>lxvi</sup> Sin embargo, Simonsen aclaraba que la industrialización no podía ser separada de la intensificación y perfeccionamiento de la producción agrícola a la que “está visceralmente vinculada.” La planificación era un concepto amplio que debería abarcar no sólo los aspectos industriales, sino también los agrícolas y sociales. El objetivo final de la propuesta sería un incremento de la renta nacional hasta alcanzar niveles superiores a los 200 billones de cruzeiros en un lapso de diez o quince años, frente a los 40 billones actuales. También se crearían industrias clave, metalúrgicas y químicas capaces de garantizar la autosuficiencia del parque industrial. Para que todo esto fuera posible debería montarse toda una infraestructura educativa incluyendo nuevas escuelas de ingeniería, institutos de investigación tecnológica, industrial y agrícola, aparte de la creación de bancos industriales y otros establecimientos de financiación. La atracción de inmigrantes calificados era otra parte importante del plan. Estos inmigrantes no solo proporcionarían mano de obra calificada sino que fortalecerían el mercado interno con sus hábitos más altos de consumo. Sin embargo, el

nivel de intervencionismo del Estado debía ser negociado con entidades corporativas de clase, aclarando que no deberían perjudicarse las actividades económicas ya en funcionamiento con nuevas iniciativas concurrentes.<sup>lxvii</sup>

En su respuesta, Gudin concordaba con Simonsen en los objetivos generales y en el diagnóstico de la situación del momento. Estaba de acuerdo con el panorama de debilidad de la economía brasileña, la pobreza de la población, la falta de combustibles, la ausencia de industrias básicas y otros problemas que requerirían atención urgente. También se mostraba de acuerdo con la necesidad de crear una infraestructura educativa, fomentar la inmigración y otros remedios propuestos por Simonsen. Las discrepancias estaban planteadas en lo que respecta a los medios para llevar esto a cabo. En primer lugar, Gudin planteaba una crítica de orden técnico. Los cálculos de Simonsen así como su noción de renta nacional eran totalmente inadecuados. En realidad lo que Gudin cuestionaba aquí era no solamente los cálculos de Simonsen sino la metodología utilizada por el Ministerio de Trabajo a la que considera incorrecta y anticuada.<sup>lxviii</sup> Por otro lado el proyecto de Simonsen no analizaba aspectos más técnicos relativos a desequilibrios monetarios, precios de productos primarios, desequilibrios entre consumo e inversión y otras cuestiones cuyo análisis requería de información y conocimientos que éste no dominaba. Más serio era, a criterio de Gudin, la fe proclamada por Simonsen en un plan como panacea para todos los problemas. Utilizando argumentos similares a los que por entonces exponía Friedrich von Hayek, Gudin señalaba que : “não haveria melhor caminho [que el tipo de intervencionismo propuesto por Simonsen] para a consolidação de um regime totalitário de capitalismo de Estado, em que já temos tão largamente avancado nos últimos dez anos.”<sup>lxix</sup> Sin embargo, la distancia entre las ideas de Gudin y las de Simonsen no era tan grande como pudiera suponerse. A diferencia de los liberales argentinos (que por los años 50 contaban con el propio Pinedo entre sus huéspedes), Gudin no se oponía a todo tipo de intervencionismo. Para orientar correctamente el capital escaso, Gudin admitía la intervención estatal por medio de crédito, política monetaria y tributaria, etc. que protegiera al capital. Terminaba su informe recomendando la creación de un banco central.

Frente a la posible crítica de que las ideas expuestas serían expresión de un pensamiento clásico y anacrónico, Gudin se adelantaba señalando que sus opiniones se

basaban en lo más moderno de la ciencia económica, incluyendo entre los autores citados a Keynes, Robertson, Hansen, y Haberler .<sup>lxx</sup> El estudio detallado de los trabajos de estos teóricos, expresión de la complejidad de la ciencia económica, terminaría con la posibilidad de amateurismo en materia de estudios económicos como el mostrado por su contrincante y los miembros del organismo que éste representaba. Gudin desdeñaba los argumentos de Manoilescu sostenidos por los industriales. Solo la inexistencia de estudios sistemáticos sobre economía en Brasil permitía, según Gudin, que se tomara en serio la obra del autor rumano.

Lo que se percibe en este debate es un combate por imponer dos maneras diferentes de legitimar el discurso sobre la economía. Una, la propuesta por Simonsen, tenía que ver con una posición nacionalista (no se priva de sugerir que los intereses de Gudin estaban en contra de las empresas nacionales, y sugiere que seguir los consejos de Gudin condenaría al Brasil a un destino de “fazenda ultramarina”) y populista (el liberalismo solo traería explotación), legitimada en la representación corporativa que ostentaba. Constantemente Simonsen validaba su discurso en la representación que supuestamente ostentaba de la clase productora y se mofaba de la “falsa erudición” de Gudin. Sin embargo ambos contendientes coincidían en que la ciencia económica desarrollada en países centrales y muy capitalizados no se aplicaba en países como el Brasil que debían desarrollar su propio saber económico.

Gudin, por su parte, basaba su argumentación en el conocimiento profundo de la última teoría económica y en la posesión de un conocimiento técnico internacionalizado que era incompatible con el amateurismo mostrado por su contrincante. En este debate, Simonsen, cuya posición social como dueño de industrias y líder de asociaciones corporativas era más sólida que la de Gudin (aunque la de éste no era para nada despreciable) tenía menos que perder y menos incentivos para invertir fuertemente en la constitución de un campo de saber autónomo. En la última respuesta a Simonsen, Gudin hizo explícita esta diferencia de estrategias señalando que sólo reconocía a media docena de personas con conocimiento elemental de economía y derecho a emitir una opinión autorizada.

### **Conclusiones**

Dentro de las ciencias sociales la economía ocupa un lugar particular. Se trata probablemente de la única disciplina cuyo ámbito de aplicación está vinculado de manera directa al poder ya sea éste económico o político. Además, podría decirse que ha sido la más “exitosa” de las ciencias sociales si por esto entendemos la capacidad de generar un discurso público amplio, que trascienda el círculo de especialistas y que además tenga efectos concretos sobre políticas que modelan el desarrollo social y económico de los países. Si el Estado es un factor importante en el proceso de consolidación de las profesiones, aún más lo es en el caso de la economía, ya que se trata de uno de los ámbitos privilegiados de acción de los economistas profesionales.<sup>lxxi</sup> Sin embargo, el surgimiento y desarrollo de un campo de los economistas en una sociedad determinada, como intenté mostrar en este trabajo, es el producto de la convergencia de diversos factores que pueden analizarse tanto a nivel nacional como transnacional. No existe, por lo tanto una forma única o “natural” de desarrollo ni de la economía como disciplina, ni de los economistas como ocupantes de un espacio público socialmente legitimado. Por otro lado, ambos procesos están íntimamente vinculados. La forma en que se conceptualiza la economía, sus problemas y soluciones (y la manera particular en que estas se aplican) es inseparable de la conformación de un cuerpo de especialistas con redes de interacción y mecanismos de legitimación propios.

Ahora bien, ¿dónde y cómo se generan estas redes y mecanismo? Sin duda la economía como la ciencia social en general ha sufrido un proceso de internacionalización (léase “americanización”) a partir de la segunda post-guerra. La “diplomacia de la economía” surgida luego de los acuerdos de Bretton Wood forzaron al aprendizaje de una lengua común y a la generación dentro de cada país (sobre todo en los periféricos) de grupos de expertos que no sólo sean capaces de hablarla, sino que tengan la capacidad de ser reconocidos como interlocutores válidos en los centros del poder financiero internacional. Sin embargo, esta tendencia transnacional, que implicaba la reconfiguración de mecanismos de validación propios convergió con una serie de factores históricos particulares a cada espacio nacional. Los casos de Argentina y Brasil son particularmente ilustrativos. Si bien en ambos casos se observa la impronta del proceso de transnacionalización de la economía, el desarrollo de la disciplina económica y el lugar de sus cultores ha sido distinta.

Se ha hablado mucho de la mayor densidad del Estado brasileño frente al argentino, lo que ha permitido un nivel mayor de continuidad en las políticas del primer país frente al segundo.<sup>lxxii</sup> Sin embargo, el Estado no puede conceptualizarse como un ente abstracto y homogéneo. Las continuidades y la “densidad” son producto no sólo de una dinámica propia o de la mayor o menor visión de los gobernantes. Aunque estos factores son sin duda relevantes, no hay que olvidar la importancia que en la constitución del Estado han tenido la conformación de grupos técnicos y burocracias que lo componen, que es lo que he intentado aislar en este trabajo. En el caso particular de los economistas vemos que las condiciones de constitución de este grupo profesional, ocupado precisamente de la formulación e implementación de políticas económicas ha sido diversa en ambos países y esto también es un factor explicativo de la “densidad estatal” y no a la inversa.

Este trabajo también intenta ser una contribución empírica a ciertos debates dentro de la sociología de las profesiones. Los casos analizados muestran que una institucionalización temprana (a través de instituciones de formación reconocidas, y una red de publicaciones, y vínculos) y un reconocimiento temprano por parte del Estado no garantizan la consolidación de un grupo profesional. El mayor nivel de consolidación del campo de los economistas en Brasil respecto del de sus pares argentinos se debió a la forma particular en que este campo se constituyó y a factores culturales y sociales. Y en este sentido podemos señalar algunas de estas características. En primer lugar mientras los economistas argentinos lograron su legitimidad a través de su paso por instituciones universitarias y luego consiguieron ser reconocidos como técnicos estatales, en el caso brasileño el proceso se dio a la inversa. El campo de los economistas de ese país se constituyó desde dentro del Estado, al que por otro lado contribuyeron a modernizar, y de manera indisoluble de éste. Tanto los proponentes del libre mercado como los “planificadores” (más tarde identificados como monetaristas y estructuralistas, respectivamente) constituyeron su identidad, y de manera simultánea desde dentro del Estado. No es sorprendente, entonces, que a la hora de construir una genealogía, compartan ancestros y que, al mismo tiempo, las diferencias respecto del papel asignado al Estado sean menos marcadas que las de sus pares argentinos. Esta mayor porosidad ideológica de los economistas brasileños se vincula también a aspectos específicos del

desarrollo del campo intelectual en ese país, históricamente más cerca del Estado que el argentino. Esto sumado a un estilo político menos confrontativo en Brasil, serían factores que contribuyen a explicar la mayor continuidad de las políticas económicas en ese país.

Finalmente, otro factor importante, señalado por Marion Fourcade-Gourinchas para los casos europeos y norteamericano, fue el “timing.” El hecho que el campo de los economistas se consolidara en Brasil en un momento en que ya existía una red transnacional de circulación de expertos y conocimiento, favoreció la integración del mismo en un sistema en un espacio que trascendía las fronteras del espacio nacional con mayor facilidad que en el caso argentino.

---

<sup>i</sup> Con el término “economistas estatales” me refiero al sector de los economistas que hacen carrera en el Estado. Desde luego el término es ambiguo porque en muchos casos los economistas mantienen vínculos abiertos con el mundo académico, el de los negocios y el Estado de manera simultánea o alternativa. Sin embargo en este trabajo me interesan los economistas en tanto miembros de una elite estatal.

<sup>ii</sup> Montencinos, Verónica y John Markoff, “The Ubiquitous Rise of Economists” **Journal of Public Policy**, 13: 1 (1993), 37-68

<sup>iii</sup> En los últimos años han proliferado los estudios comparativos sobre los economistas que enfatizan estos factores. Ver entre otros, Fourcade-Gourinchas, Marion, “Politics, Institutional Structures, and the Rise of Economics: A Comparative Study” **Theory and Society**, 30:3 (June 2001), 397-447; Coats, A.W. (ed.), **Economists in Government. An International Study** (Durham: Duke University Press, 1981); Pechman, Joseph (ed.), **The Role of the Economist in Government. An International Perspective** (New York: Harvester Wheatsheaf, 1988); Coats, A.W. (ed), **The Post-1945 Internationalization of Economics** (Durham: Duke University Press, 1996); Neiburg, Federico, “Inflación y crisis nacional. Culturas económicas y espacios públicos en Argentina y Brasil”. **Anuario de Estudios Americanos**, 61 (2) (2005).

<sup>iv</sup> Neiburg, “Inflación”. Ver también Loureiro, Maria Rita, **Os economistas no governo** (Rio de Janeiro: FGV, 1997)

<sup>v</sup> Para un análisis comparativo, restringido al “momento desarrollista”, pero con proyecciones a más largo plazo, ver Kathryn Sikkink, **Ideas and Institutions. Developmentalism in Brazil and Argentina** (Ithaca: Cornell University Press, 1991)

<sup>vi</sup> Para una discusión de la idea que las elites paulistas tenían del lugar de su estado dentro del contexto nacional brasileño durante las primeras décadas del siglo XX, ver de Luca, Tania Regina, **A Revista do Brasil: Um diagnóstico para a (N)acao** (São Paulo: UNESP, 1998).

<sup>vii</sup> Ver, por ejemplo, el estudio de Heloisa Pontes de un grupo importante de intelectuales-universitarios paulistas en Pontes, Heloisa, **Destinos mistos. Os críticos do grupo Clima em São Paulo, 1940-1968** (São Paulo: Companhia das Letras, 1998).

<sup>viii</sup> Un ejemplo de esto es el libro de Silvia Sigal, **Intelectuales y poder en la década del sesenta** (Buenos Aires: Puntosur, 1991)

<sup>ix</sup> En 1921 el decano Eleodoro Lobos mencionaba que el alumnado de la FCE provenía “del pueblo trabajador que nos envía, cada vez en mayor número, su juventud bien dispuesta.” “Inauguración oficial de los cursos de la Facultad. Discurso del Decano Dr. Eleodoro Lobos” **Revista de Ciencias Económicas** Año IX, 95, mayo de 1921. Esta situación se mantenía décadas después. Según una encuesta realizada en 1950, el 91% de los varones y el 76% de las mujeres estudiantes en la Facultad de Ciencias Económicas tenían ocupación remunerada contra el 83% y 53% respectivamente de los estudiantes de arquitectura, y el 72% y 57% respectivamente de los estudiantes matriculados en la Facultad de Filosofía y Letras. Por otro lado, la Facultad de Ciencias Económicas era la que tenía mayor porcentaje de hijos de obreros entre sus

---

estudiantes (15%) de las cuatro analizadas (Económicas, Arquitectura, Filosofía y Letras y Ciencias Exactas), y la menor proporción de hijos de profesionales (10%) .Eichelbaum de Babini, A.M. **Encuestas Universitarias** (Boletín del Instituto de Sociología. Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1958).

<sup>x</sup> **Anales de la Facultad de Ciencias Económicas**, 1919. Estas expresiones del decano Lobos, formuladas a poco de iniciarse el movimiento de Reforma se insertaban en realidad en discusiones más amplias sobre la naturaleza que debía darse a la educación superior y que venían de finales del siglo XIX. Ver Buchbinder, Pablo, “De la impugnación al profesionalismo a la crítica de la Reforma: perspectivas de la Universidad” en Roldán, Darío (comp.), **Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera** (Buenos Aires; FCE, 2006).

<sup>xi</sup> **Revista de Ciencias Económicas** VII: 70 (abril 1919), 222.

<sup>xii</sup> **Anales de la Academia Nacional de Ciencias Económicas**, 1927. Palabras similares habían sido dichas por el decano Eleodoro Lobos seis años antes: “Siendo aún muy modestos los límites de nuestra misión, no se nos ha de exigir siempre conclusiones definitivas en las investigaciones que nos preocupan...” “Inauguración oficial de los cursos de la Facultad. Discurso del Decano Dr. Eleodoro Lobos” **Revista de Ciencias Económicas**, IX, 95 (mayo de 1921)

<sup>xiii</sup> En el ya citado “Anotaciones” Prebisch menciona que al producirse los primeros síntomas de la crisis ganadera, el decano de la FCE Eleodoro Lobos convocó a ganaderos poderosos a invertir en un instituto dentro de la facultad que investigara los efectos de la misma. “Al considerar la idiosincracia pastoril” concluye Prebisch “fácil es adivinar el resultado de esta iniciativa...” Sin embargo, ya en 1921 Lobos, luego de quejarse del poco interés que la nueva facultad había despertado entre las elites económicas, mencionaba que Miguel Mihanovich había contribuido con 25.000 pesos a completar instalaciones, que un banco extranjero “vinculado al progreso nacional” tomaría a su cargo los gastos del seminario de cuestiones monetarias, y que un estanciero distinguido haría lo mismo con un seminario sobre situación económica de la ganadería argentina. “Inauguración oficial”

<sup>xiv</sup> Sobre los vínculos entre la **Revista de Economía Argentina**, la **Revista de Ciencias Económicas** y el grupo de Alejandro Bunge, ver Pantaleón, Jorge, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge” en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comps.), **Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina** (Buenos Aires: Paidós, 2004)

<sup>xv</sup> Gondra, Roque Luis, “La economía pura” **Revista de Ciencias Económicas** VI, 60 (junio de 1918). En su prólogo de traductor al texto de Pantaleoni, Gondra escribía: “Durante más de un cuarto de siglo los cursos de [Charles] Gide... y la influencia de algunos escritores socialistas han difundido errores de teoría que considero necesario corregir.” Gondra, Roque, “Argentina” en AAVV, **El pensamiento económico latinoamericano** (Mexico, FCE, 1945)

<sup>xvi</sup> Fernández López, Manuel, “La ciencia económica argentina en el siglo XX” Academia Nacional de la Historia, **Nueva historia de la Nación Argentina**; vol 8 (Buenos Aires: Planeta, 1999-2003). Un buen ejemplo de la recepción de este tipo de ideas puede encontrarse en la nota introductoria de Eleodoro Lobos: “Propósitos” en **Anales de la Facultad de Ciencias Económicas**, 1919. Ver, además Gondra, Luis Roque, “La economía pura” **Anales de la Facultad de Ciencias Económicas**, 1919.

<sup>xvii</sup> Ver la discusión en **Revista de Economía Argentina** I: 4-5 (Octubre-Noviembre de 1918).

<sup>xviii</sup> Sobre el grupo formado alrededor de Bunge, ver Pantaleon, “La nueva economía”; Belini, Claudio, “El grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952” **Latin American Research Review**, vol 14:1 (Feb 2006)

<sup>xix</sup> Sobre los debates alrededor del proteccionismo hasta la Primera Guerra Mundial ver Rocchi, Fernando, “El imperio del pragmatismo: Intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador”, **Anuario IEHS**, 13 (1998).

<sup>xx</sup> Ver por ejemplo, Bagliolo, Rómulo, “Algunas consideraciones sobre nuestro sistema rentístico. La guerra actual y la protección de las industrias” **Revista de Ciencias Económicas**; VI: 59 (mayo 1918). Es importante destacar la influencia que las doctrinas de George ejercía sobre los sectores más renovadores de estudiantes y docentes de la FCE. La importancia del Georgismo en la Argentina (que contaba entre sus adeptos al joven Raúl Prebisch y más tarde a Manuel Molinari, primer dueño del diario **Democracia**) no ha sido aun estudiada adecuadamente.

- 
- <sup>xxi</sup> Greiffer, Mauricio, “Organización y fomento de las industrias nacionales” **Revista de Ciencias Económicas** VII: 62 (Agosto 1918).
- <sup>xxii</sup> Sobre el “proteccionismo racional” ver Rocchi, “El imperio”.
- <sup>xxiii</sup> Lahitte, Emilio, “Fomento a la industria nacional” **Revista de Ciencias Económicas** VIII: 75 (setiembre de 1919)
- <sup>xxiv</sup> Sobre el papel de la estadística y la contabilidad como áreas de recorte de la especificidad del saber de los economistas, ver Porter, Theodore, **Trust in Numbers: The Pursuit of Objectivity in Science and Public Life** (Princeton: Princeton University Press, 1995).
- <sup>xxv</sup> Sobre el nombramiento de Prebisch, ver Magariños, Mateo, **Diálogos con Raúl Prebisch** (Mexico: Banco Nacional de Comercio Exterior/FCE, 1991), 53-4.
- <sup>xxvi</sup> **Anales de la Sociedad Rural Argentina**, (1 marzo 1923).
- <sup>xxvii</sup> Los economistas más representativos de estos vínculos entre la academia y el Estado son, sin duda, Eugenio Gudín, Otavio Guvêa de Bulhões, Roberto Campos y Antonio Delfim Netto siendo éste último, proveniente de una familia de origen social más modesto que los anteriores, el único en obtener su formación de economista en las aulas universitarias brasileñas.
- <sup>xxviii</sup> Ver por ejemplo los numerosos artículos publicados al respecto durante la década de 1930 y parte de la siguiente en **Revista de Ciências Econômicas**, el órgano del Sindicato dos Economistas do Estado de São Paulo (ex-Ordem dos Economistas, fundada en 1935). Se ponía como ejemplo de lo que se quería lograr la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.
- <sup>xxix</sup> Loureiro, **Os economistas**, 37
- <sup>xxx</sup> Ver testimonio de Delfim Netto en Biderman, Ciro, Luis Felipe L. Cozac, José Marcio Rego, **Conversas com economistas brasileiros** (Rio de Janeiro: Editora 34, 1997), 90.
- <sup>xxxi</sup> Fausto, Boris y Fernando Devoto, **Brasil e Argentina. Un ensaio de histórica comparada (1850-2002)** (São Paulo: Editora 34, 2004), 242.
- <sup>xxxii</sup> Se discute todavía si las medidas tomadas en los 30 fueron “heterodoxas” o no. Ver Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach, **El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas** (2da ed. Buenos Aires: Ariel, 2003), 146-150. Ver también el clásico libro de Carlos F. Díaz Alejandro, **Essays on the Economic History of the Argentine Republic** (New Haven: Yale University Press, 1970).
- <sup>xxxiii</sup> Décadas después recordaba Ernesto Malaccorto: “Con Prebisch nos preguntábamos ¡Qué es lo que queremos!, ganar dinero, ejerciendo la profesión, o dedicarnos a ahondar un poco mas en la realidad económica y social del país, tarea ya iniciada en los Seminarios de la Facultad ... teníamos, pues que prepararnos para que, cuando hubiese en el país gobiernos que hiciesen posible que todas esas cosas que nosotros veíamos que no existían, alguien pudiese estar listo para realizarlas.” Entrevista a Ernesto Malaccorto. Instituto Torcuato Di Tella, Proyecto de Historia Oral.
- <sup>xxxiv</sup> Halperin Donghi, Tulio, **La república imposible (1930-1945)** (Buenos Aires: Ariel, 2004), 128-131
- <sup>xxxv</sup> Ibid.
- <sup>xxxvi</sup> Ver Zimmermann, Eduardo, **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916** (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995).
- <sup>xxxvii</sup> Sobre la naturaleza del grupo, ver Louro de Ortiz, Amalia A., **El grupo Pinedo-Prebisch y el neo-conservadurismo renovador** (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1992).
- <sup>xxxviii</sup> No es este el lugar para realizar un análisis de las ideas de Prebisch. Sin embargo, hay que destacar la enorme influencia que ciertas lecturas tales como el libro de John H. Williams, **Argentine International Trade under Inconvertible Paper Money** que él mismo tradujo en las páginas de la **Revista de Ciencias Económicas** y que le permitieron vincular al emisión monetaria con los resultados de la balanza de pagos; o los textos de Irving Fisher sobre índices generales de precio y teoría monetaria, en particular su **The Purchasing Power of Money: its Determination and Relation to Credit, Interest and Crisis**.
- <sup>xxxix</sup> Ver “Organización de la oficina de investigaciones económicas” **Revista Económica** 1: 1 (agosto de 1928). Entre los economistas que luego ocuparían posiciones relevantes que se beneficiaron de los programas de reclutamiento establecidos por Prebisch y que realizarían el *cursus honorum* dentro del ministerio de hacienda se cuentan a Ernesto Malaccorto, estrecho colaborador de Prebisch y Alfredo Gómez Morales, quien sería ministro durante los dos gobiernos de Perón.

---

<sup>xi</sup> Ver, por ejemplo, “Tiende a evitar la moneda redundante el plan del Poder Ejecutivo” **La Nación**, 15 de enero de 1935

<sup>xli</sup> Cf. “Tiende a evitar la moneda redundante el plan del P.E” **La Nación**, 15 de enero de 1935; y “El Ministro de Hacienda explicó el alcance de los proyectos financieros del Poder Ejecutivo. Refutó apreciaciones en contra del sistema monetario que propicia.” **La Razón**, 31 de enero de 1935.

<sup>xlii</sup> “Discurso de Juan José Guaresti en la ceremonia de Colación de Grados de año 1933”. **Revista de Ciencias Económicas**, XXI, II, 146 (setiembre 1933)

<sup>xliii</sup> Cornejo, Benjamín, “A manera de prólogo” en Gondra, Luis Roque, **Teorías antiguas y recientes sobre la moneda, el crédito y los ciclos económicos** (Córdoba: Imprenta de la Universidad, 1935), II..

<sup>xliv</sup> Schaffroth, Alfredo, **Obra financiera del Dr. Eleodoro Lobos** (Buenos Aires, 1938), citado en **Revista de Ciencias Económicas**, XXVI, 205 (agosto 1938)

<sup>xlv</sup> Hacia principios de 1935 el gobierno y el diario **La Prensa** se trenzaron en un combate por la opinión pública. El primero lo hacía a través de emisiones radiofónicas en los que refutaba los argumentos del periódico el que en febrero de 1935 comenzó a publicar cartas de lectores mostrando el generalizado descontento que las medidas económicas generaban en la población.

<sup>xlvi</sup> Prebisch, Raúl, “La inflación escolástica y la moneda argentina” **La Nación** 2 de julio de 1934. La nota, inusual por su extensión, continúa en la edición del día siguiente. El texto crítico de Gondra al que hacía referencia Prebisch en sus artículos era **Elementos de Economía política** (Buenos Aires, 1933).

<sup>xlvii</sup> *Ibid.* **La Nación**, 3 de julio de 1934

<sup>xlviii</sup> Tanto la prensa adicta al programa de Pinedo-Prebisch como el diario **La Nación**, como la opositora representada por **La Prensa** señalaban el clima de secreto y poca participación del congreso en la elaboración de las políticas.

<sup>xlix</sup> Citado en Berrotarán, **Del plan**, 32

<sup>1</sup> Una nota enviada al ministro de agricultura en diciembre de 1941, firmada por la Bolsa de Comercio, la UIA, la Sociedad Rural Argentina, y la Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción, solicitaba que se redujera la incidencia de los funcionarios del recientemente creado Consejo Técnico de Abastecimiento, del cual representantes de esas entidades formaban parte, y en cambio aumentara la de los hombres de negocios. Jáuregui, Aníbal, **Brasil Argentina. Los empresarios industriales (1920-1955)** (Buenos Aires: Imago Mundi, 2004), 48

<sup>ii</sup> Este punto fue tratado en profundidad en Plotkin, **Mañana es San Perón** (Buenos Aires: Planeta, 1994)

<sup>iii</sup> Furtado, Celso, **La fantasía organizada** (Buenos Aires: EUDEBA 198), 106

<sup>iiii</sup> Ver Manoilescu, Mihail, **Une nouvelle conception du protectionnisme industriel** (Bucarest: Regia M.O. imprimeria nationala, 1931). Sobre la recepción de las ideas de Manoilescu en Brasil, ver, Love, Joseph, **Crafting the Third World. Theorizing Underdevelopment in Rumania and Brazil** (Stanford: Stanford University Press, 1996).

<sup>lv</sup> Para un análisis social de los grupos empresariales de los años 30-60, ver de Imaz, José Luis, **Los que mandan** (Buenos Aires: EUDEBA, 1965), cap. VII. En Buenos Aires a principios de los años 60, el 22% de los miembros de la elite empresarial había completado solo el nivel primario de educación; el 33% el secundario y el 45% había recibido formación superior. Los porcentajes para la ciudad de São Paulo en la misma época eran 12%; 42% y 46% respectivamente. Ver Imaz, p. 140.

<sup>lv</sup> Giddes, Barbara, “Building ‘State’ Autonomy in Brazil, 1920-1964” **Comparative Politics**, 22: 2 (enero 1990), 217-235.

<sup>lvi</sup> Portugal Gouvêa, Gilda, **Burocracia e elites burocráticas no Brasil** (São Paulo: Editora Pauliceia, 1994); 100.

<sup>lvii</sup> Diniz, Eli, “Engenharia institucional e políticas públicas: dos conselhos técnicos as câmaras setoriais” en Pandolfi, Dulce (org.), **Repensando o Estado Novo** (Rio de Janeiro: FGV, 1999).

<sup>lviii</sup> Más allá de los problemas presupuestarios que pusieron en peligro su existencia en algunas ocasiones, la FGV se ha mantenido por encima de los avatares políticos (el hecho de que conservara su nombre es de por sí evidencia de ello). Su fundador y primer presidente, Luís Simões Lopes ocupó el cargo hasta 1992, es decir por 48 años consecutivos y fue sucedido por el vice-presidente de la institución Jorge Oscar de Melo Flores.

<sup>lix</sup> Otavio Gouvêa Bulhões, nacido en 1906 y de formación abogado, es, junto con Gudín, un representante del pensamiento neo-liberal en la economía brasileña. Nieto del que había sido Ministro de Hacienda de Rodrigues Alves, Bulhões fue un funcionario de carrera del ministerio de hacienda al que ingresó en 1926,

---

y donde ocupó una gran cantidad de cargos incluyendo el propio ministerio durante la primera fase del gobierno militar establecido en 1964. Paralelamente desarrolló una importante labor académica, siendo uno de los inspiradores (junto con Gudin) del IBRE en la FGV y de la Facultad de Economía de Rio de Janeiro, instituciones donde se desempeñó como docente ocupando cargos jerárquicos. Como Campos, participó en las delegaciones brasileñas ante los organismos financieros internacionales creados después de la guerra, y en la Comisión Mixta Brasil-EEUU. Durante su carrera estableció lazos estrechos con el FMI, siendo vice-gobernador, y luego, durante el período en que ocupó la cartera de hacienda, gobernador.

<sup>lx</sup> Sobre el alto nivel de apertura ideológica que se vivía sobre todo en la Universidade do Brasil, y en particular refiriéndose a Bulhões, de quien se declara en parte discípula, ver el testimonio de Maria da Conceição Tavares en Biderman, Ciro, et. al., **Conversas con economistas brasileiros** (2da ed. São Paulo: Editora 34, 1997). En el mismo sentido, ver también Ekerman, Raul, “A comunidade de economistas do Brasil: dos anos 50 aos dias de hoje” **Revista Brasileira de Economia**, 43: 2 (abril-junio 1989).

<sup>lxi</sup> Roberto Campos (nacido en 1917) pertenece a la elite de economistas surgidos del Palacio de Itamaraty y es considerado un representante clave de la corriente caracterizada como “desarrollista no nacionalista”. Luego de haber pasado por el seminario católico, ingresó por concurso al servicio exterior (sección económica) en 1939. En 1942 es enviado como agregado comercial a Washington donde sigue cursos de economía en la George Washington University. A partir de esta especialización pasaría a formar parte de la “diplomacia económica”. Forma parte de la delegación brasileña en los acuerdos de Bretton Woods y en los nuevos organismos económicos surgidos en el seno de la ONU, incluyendo la CEPAL. Estando en New York como miembro de la delegación brasileña aprovechó para seguir cursos de postgrado en economía en Columbia University. Ya en Brasil, mientras continuaba su carrera ascendente en la diplomacia (llegaría a ser embajador en Washington), Campos formó parte de la Asesoría Económica del Presidente (1951), luego sería miembro de la Comisión Mixta Brasil-EEUU y ocuparía cargos importantes en el BNDE (incluyendo la presidencia en 1958). Colaboró con el gobierno de Kubischek, en particular con el Plan de Metas. Luego del golpe de 1964 sería Ministro de Planeamiento del presidente Castello Branco.

<sup>lxii</sup> Luego del fin del Estado Novo, Simonsen se adapta a los nuevos tiempos pasando a formar parte de la Comisión Ejecutiva del Partido Social Democrático. En 1947 fue elegido senador por São Paulo muriendo un año después.

<sup>lxiii</sup> Sobre el lugar central que ocupó Gudin en la conformación del campo de los economistas, ver el testimonio de Maria da Conceição Tavares en Biderman, **Conversas**, y Furtado, **La fantasía**

<sup>lxiv</sup> El informe original y sus secuelas fueron editados en forma de libro y re-editados numerosas veces. Me baso en la publicación del Instituto de Planejamento Econômico e Social: **Controvérsia do planejamento na economia brasileira. Coletânea da polémica SimonsenX Gudin, desencadeada com as primeiras propostas formais de planejamento da economia brasileira ao final do Estado Novo** (Rio de Janeiro: IPEA/INPES, 1977)

<sup>lxv</sup> Halperin Donghi, **La República**, 150-151.

<sup>lxvi</sup> Instituto de Planejamento Econômico e Social: **Controvérsia**, 33

<sup>lxvii</sup> **Ibid.**, 36

<sup>lxviii</sup> **Ibid.**, 60

<sup>lxix</sup> **Ibid.**, 55

<sup>lxx</sup> **Ibid.**, 93

<sup>lxxi</sup> Ver González Leandri, Ricardo, **Las profesiones. Entre la vocación y el interés corporativo. Fundamentos para su estudio histórico** (Madrid: Catriel, 1999), especialmente, capítulo IV.

<sup>lxxii</sup> Sikkink, **Ideas**; El contraste entre Argentina como país de sociedad fuerte y Estado débil, frente al Brasil donde el Estado es fuerte, precisamente porque la sociedad es jerárquica y débil, está planteada en O'Donnell, Guillermo, “And Why Should I Give a Shit? Notes on Sociability and Politics in Argentina and Brazil” en O'Donnell, **Couterpoints. Selected Essays on Authoritarianism and Democratization** (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1999)